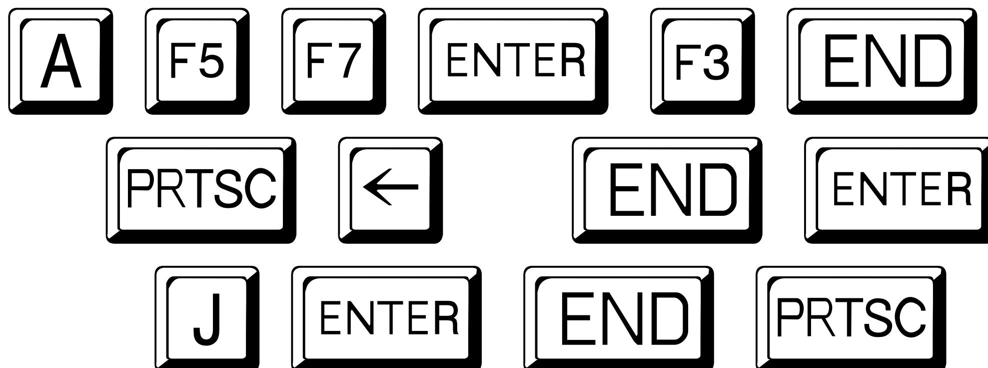
STAR WARS



Volumen 17:
El único testigo

Jude Watson

Título Original: Star Wars: Jedi Apprentice – The Only Witness
Traducción: Virginia de la Cruz Nevado

Capítulo 1

El Maestro Jedi Qui-Gon Jinn suspiró profundamente mientras recorría el pasillo. Los miembros del Consejo pensaban que llevaba inactivo demasiado tiempo, y él lo sabía. Habían tenido paciencia mientras lloraba la muerte de su querida amiga Tahl. Y ahora esperaban que él se decidiera a retomar su vida como Jedi.

Pero no lo estaba. Y no sabía si algún día volvería a estarlo.

Qui-Gon dobló la esquina en dirección a la sala del Consejo, que le había convocado de improviso. Quizá se habían cansado de esperar. Quizás iban a encomendarle una misión de todas formas.

Quizá sea lo mejor, pensó Qui-Gon, intentando convencerse. Había intentado convencerse a sí mismo de muchas cosas en los últimos tiempos, pero no lo había conseguido. *Y al menos será bueno para Obi-Wan.*

El padawan de Qui-Gon caminaba en silencio tras él, con el rostro oculto tras una máscara de perfecta serenidad. Pero Qui-Gon sabía lo que acechaba detrás. Podía sentir la tensión creciente entre su aprendiz y él. Sabía que Obi-Wan quería decir algo, pero se empeñaba en mantener aquel inusual silencio.

Aunque Qui-Gon y Obi-Wan no se habían separado en los últimos meses, en muchos aspectos, el Maestro había abandonado al alumno. Deseó poder decir algo tranquilizador a Obi-Wan. Hubo un tiempo en que se le dieron bien los discursos reconfortantes, pero la sabiduría Jedi se le antojaba ya algo hueca. Y no quería ofrecer palabras vanas al chico.

Obi-Wan se detuvo ante la sala del Consejo y se giró hacia su Maestro. Qui-Gon vio que estaba a punto de hablar, pero la puerta se abrió con un sonido siseante antes de que pudiera articular palabra.

Sólo estaban ocupados tres de los doce asientos del Consejo. A Qui-Gon no le sorprendió ver a tan pocos miembros. Saludó a sus viejos amigos y se situó ante ellos en el conocido círculo.

Yoda, Mace Windu y Plo Koon agradecieron su presencia a los Jedi invitados, contemplaron un momento a Obi-Wan y luego se concentraron en Qui-Gon. Su preocupación era evidente.

Qui-Gon notaba que los miembros del Consejo estaban escudriñando su interior, intentando determinar si era buena idea encomendarle una misión. Le sorprendió darse cuenta de que no era capaz de sostenerles la mirada. En lugar de aliviar su sufrimiento, la preocupación de sus amigos le hacía terriblemente consciente del peso que soportaba.

Observó la línea del horizonte de Coruscant, más allá de los Maestros sentados, e intentó apaciguar sus sentimientos. Se preguntó de nuevo por qué no era capaz de dejar que aquella cascada de emociones fluyera libremente. Los mejores Maestros, algunos de ellos allí presentes, le habían enseñado a hacerlo, y siempre le había funcionado. Pero ahora no.

Obi-Wan se movió inquieto, y Qui-Gon se dio cuenta de que el silencio había durado demasiado.

—Hemos recibido una petición del senador Crote, del planeta Frego —comenzó por fin a decir Mace Windu—. Ha solicitado ayuda Jedi para transportar a Coruscant un testigo que debe declarar ante el Senado.

Qui-Gon asintió. La protección de testigos relevantes era algo rutinario para los Jedi. Como sospechaba, su primera misión sería sencilla, algo fácil. Una distracción. Por eso sólo habían acudido tres miembros del Consejo.

—Tarea sencilla no es —dijo Yoda, como si respondiera a los pensamientos de Qui-Gon—. En Frego mucho peligro hay.

Mace Windu siguió escudriñando el rostro de Qui-Gon.

—No te enviaríamos si no creyéramos que estás preparado. ¿Te sientes preparado, Qui-Gon?

Qui-Gon no lo sabía. No tenía ganas de abandonar el Templo, ni siquiera sus aposentos, pero no sería justo para Obi-Wan recluirse para siempre.

—Estoy preparado —respondió Qui-Gon con más seguridad de la que realmente sentía.

Qui-Gon pudo sentir el alivio de Obi-Wan. Le llegó como el aliento de alguien que ha aguantado la respiración demasiado tiempo y por fin puede soltar el aire. Los miembros del Consejo también parecieron tranquilizarse con las palabras de Qui-Gon, y dejaron de rebuscar en su interior. Ya tenían la respuesta que esperaban. Qui-Gon deseó haber tomado la decisión correcta.

—Como ha dicho Yoda, la situación es complicada —dijo Plo Koon—. Hemos pedido a Jocasta Nu que os dé toda la información que necesitéis antes de iros —señaló hacia los archivos del Templo.

—Iros ahora debéis —añadió Yoda con seriedad.

—Tememos que el peligro que corre el testigo crece por momentos. Cuanto antes lleguéis a Frego, mejor —dijo Mace, indicándoles que podían marcharse—. Que la Fuerza os acompañe.

Qui-Gon asintió y salió lentamente de la sala circular, seguido de Obi-Wan. Incluso después de haber oído las palabras de advertencia de los Maestros, tenía la seguridad de que la misión sería fácil... mientras no le fallara el ánimo.

***

Jocasta Nu era una Jedi delgada y etérea de larga melena gris, que llevaba anudada en un moño prieto. Cuando entraron los Jedi, se levantó de su mesa. Era la viva imagen de la eficacia. Recogió sus cosas y señaló hacia una mesa más grande, pidiéndoles que tomaran asiento.

—Soy consciente de que el tiempo corre —dijo Jocasta. No se molestó en hacer presentaciones. Eso daba igual. Qui-Gon ya conocía a la responsable de los archivos del Templo, y sin duda Obi-Wan sabía quién era. Ella solía asesorar a los equipos Jedi antes de que partieran en misiones importantes.

Qui-Gon llevaba mucho tiempo utilizando otras fuentes de información. Se había acostumbrado a trabajar con Tahl y no había visto a Jocasta muy a menudo desde que tomó a Obi-Wan a su cargo, cuatro años antes.

—La testigo es Lena Cobral —Jocasta les mostró una holoimagen de una chica joven con el pelo oscuro recogido en un sofisticado moño—. Es la viuda de Rutin Cobral.

La imagen de la chica desapareció, y un hombre apareció en su lugar. Era joven, bastante alto, con el pelo oscuro y corto y una sonrisa tranquila.

—Rutin fue asesinado hace poco, y su asesino sigue en libertad.

—No es extraño —dijo Qui-Gon—. Según tengo entendido, Frego es un planeta gobernado por delincuentes.

Jocasta pareció molestarse levemente por la interrupción, pero prosiguió.

—La familia Cobral es la mayor potencia de Frego. Están al mando de una red criminal que controla sin problemas al Gobierno desde hace veinte años. El padre de Rutin falleció de muerte natural hace unos cuantos, y la creencia generalizada era que, aunque tiene dos hermanos mayores. Rutin estaba siendo educado para sucederle. Solan es el mayor, y el nuevo líder de los Cobral.

Una versión de Rutin de menor estatura y más fornida apareció en la pantalla. Aparte de la estatura, Solan también carecía de la espesa melena de Rutin y de su cálida sonrisa. Estaba casi calvo y tenía una mueca permanente de desprecio.

—Solan es muy conocido en su planeta, y muy temido y respetado. Obtiene todo lo que quiere gracias a las amenazas, la violencia y el tráfico de influencias.

Cuando terminó de dar la información. Jocasta se mostró dispuesta a responder a Qui-Gon.

—No es extraño que los criminales se libren de una investigación en Frego, pero sí que un miembro querido de la familia Cobral sea asesinado, sobre todo sin que haya venganza.

Aunque el gesto de Qui-Gon no varió, lo cierto es que en su interior sintió un dolor renovado. Echaba de menos a Tahl, más que nunca: su cinismo, su rapidez mental y su costumbre de proporcionarle la información necesaria para orientar sus pensamientos en la dirección adecuada.

Qui-Gon se recordó a sí mismo que su relación con Tahl había tardado años en desarrollarse, y que la conexión que tenía con ella jamás la tendría con la responsable de los archivos del Templo. Ni con nadie más, probablemente.

—Lena entró a formar parte de la familia Cobral tras su boda con Rutin, hace tres años —prosiguió Jocasta—. Corría cl rumor de que Rutin ya no quería involucrarse en los asuntos familiares y, pese a no poder separarse limpiamente del negocio del crimen, el senador Crote nos informó de que había decidido testificar en el Senado contra su familia. Quería acabar de una vez por todas con la red. Poco después de acceder a subir al estrado, fue asesinado —Jocasta cogió aire, pero no tardó ni un segundo en continuar.

—Anoche recibimos un mensaje secreto de Lena, y también del senador Crote. Lena ha decidido tomar el relevo de su marido y testificar en su lugar contra los Cobral —Jocasta acercó por encima de la mesa a los Jedi varios documentos en un datapad—. Aquí tenéis todo lo que necesitáis.

Qui-Gon se levantó y cogió el datapad.

—Gracias —le dijo cortante—. Quizá te llamemos si necesitamos más ayuda.

—Por supuesto —asintió Jocasta—. Que la Fuerza os acompañe.

Qui-Gon asintió, inexpresivo, a modo de despedida. ¿Cómo iba a confiar en que la Fuerza le acompañara? ¿Dónde estaba la Fuerza cuando más la necesitó? Tahl y él se habían jurado amor eterno. Pero nada, ni ese amor, ni los Jedi, ni la Fuerza habían podido salvarle la vida.

Qui-Gon y Obi-Wan tardaron poco tiempo en reunir lo necesario para realizar el cono viaje. Muy pronto se hallaron a bordo del carguero que les transportaría hasta Frego.

Distraído y exhausto. Qui-Gon estaba ansioso por retirarse a su camarote en cuanto estuvieran en la nave. Estaba a punto de comunicárselo a Obi-Wan, cuando su padawan habló.

—Maestro, sé que lo has pasado mal estos últimos meses —Obi-Wan alzó una mano hacia el hombro de Qui-Gon, pero la dejó caer, apenas rozando la manga parduzca de su Maestro—. Y yo..., bueno, no puedo evitar recordar lo que me dijiste cuando Bant desapareció en el Templo. Que en los peores momentos es cuando más importa ceñirse al Código Jedi. Si dejas que las emociones fluy...

—Gracias, Obi-Wan —le interrumpió Qui-Gon—. Has aprendido bien lo que te he enseñado. Algún día serás un gran Maestro Jedi —se dio la vuelta y se dirigió rápidamente hacia su camarote. Podía sentir al chico tras él, de pie, desconcertado.

Qui-Gon sabía que su alumno sólo quería hacerle sentir mejor, pero no podía soportar escuchar consejos de una sabiduría que ahora le fallaba. Lo único que quería era estar solo.

Capítulo 2

Obi-Wan estaba de pie, en silencio, contemplando el planeta Frego, que crecía en la pantalla del carguero. Qui-Gon no había salido de su camarote en todo el viaje. Obi-Wan no sabía si debía molestarle, ni siquiera teniendo en cuenta que ya estaban llegando. Deseaba con todas sus fuerzas ofrecer a Qui-Gon el mismo consuelo que éste le había ofrecido a él en tantas ocasiones, pero cuanto más lo intentaba, más se alejaba de él. El abismo entre ellos parecía crecer por momentos, y Obi-Wan no sabía qué hacer. ¿Cómo podía salvar esa distancia él solo?

—Eso debe de ser Frego.

La voz de Qui-Gon sorprendió a Obi-Wan y le llenó de alivio. Después de todo, no iba a tener que molestar a su Maestro.

—Y ese punto brillante debe de ser Rian, la ciudad capital —prosiguió Qui-Gon.

Obi-Wan se dio cuenta de que su Maestro estaba triste y distraído. Era casi como estar frente a un fantasma. Pero al menos hablaba. Estaba haciendo un esfuerzo.

Mientras salían de la nave, Obi-Wan se sintió al límite. De él dependía llevar a buen término la misión. No podía confiar en su Maestro en aquel estado.

Obi-Wan no creía que los Cobral hubieran sido advertidos de su llegada, pero un planeta gobernado por criminales siempre es un sitio peligroso. Estaba casi seguro de que iba a ver tratos sucios y trapicheos de mercado negro nada más bajarse de la nave, pero sólo había una persona cuando desembarcaron, y les miraba sin interés. Obi-Wan se relajó un poco, mientras el capitán del carguero extendía la rampa ante él.

—Me gustaría salir de aquí lo antes posible, sí puede ser —dijo el capitán, nervioso —. No quiero pasar aquí más tiempo del estrictamente necesario, por el impuesto de vuelo de los Cobral y eso.

Obi-Wan asintió. Aunque no sabía exactamente a qué se refería el piloto, se dio cuenta de que no era nada agradable, y probablemente tampoco fuera legal. Agradeció al capitán el viaje y le vio meterse de nuevo en la nave.

En cuanto la puerta se cerró, la solitaria mujer del hangar se acercó a los Jedi.

—Espero que hayáis tenido buen viaje desde... —se quedó callada.

—Coruscant —Obi-Wan terminó la frase por ella—. ¿Eres Lena?

—No —dijo la mujer, quitándose la capucha para revelar un pelo muy corto y un rostro muy joven—. Soy Mica, os llevaré con Lena —miró inquieta de un lado a otro del hangar.

Está nerviosa, pensó Obi-Wan. Respiró hondo y se concentró en la Fuerza, pero no percibió peligro alguno, sólo el miedo de Mica.

—Seguidme, pero no muy cerca. Si alguien se acerca a mí, fingiré no conoceros — Mica tenía los ojos grandes y oscuros, y los dirigió alternativamente a Qui-Gon y a Obi-Wan, esperando a que ambos asintieran.

—Haremos lo que nos pides —le garantizó Obi-Wan.

Mica volvió a ponerse la capucha y salió del hangar a paso ligero.

A Obi-Wan le gustaba llegar a un planeta nuevo y recorrerlo a pie. Qui-Gon le había enseñado que caminar despacio era la mejor forma de observar, y había mucho que observar en Rian. Y nada era lo que Obi-Wan esperaba.

Las calles estaban limpias, y las aceras, llenas de freganos que llevaban coloridos paquetes y paseaban tranquilamente. A poca distancia del hangar municipal, había unos puestos. Los vendedores de comida ofrecían frutas y verduras frescas, carnes y cereales, gritaban los precios y saludaban a los conocidos. Adentrándose en el mercado, vieron más puestos de objetos para el hogar, e incluso de artesanía. Y todo el mundo parecía contento y relajado.

En el corazón del mercado, la multitud era tal y había tanto que ver que Obi-Wan estuvo a punto de perder a Mica. Pero cuando alzaba la mirada veía los ojos de Qui-Gon clavados en el pico gris de la capucha de ella. El Maestro parecía no prestar la atención que solía a su entorno. Era obvio que sus pensamientos estaban en otra parte.

A Obi-Wan le hubiera gustado discutir sus observaciones con su Maestro. ¿Acaso no era extraño que un planeta controlado por el crimen organizado tuviera una población tan feliz? Pero como estaba seguro de que Qui-Gon no pensaba en los freganos, se quedó callado.

Los puestos eran cada vez más escasos, y la multitud más dispersa. Tras seguir a Mica por un laberinto de callejones oscuros pero limpios, la mujer se detuvo y les indicó que se acercaran a ella. Cuando lo hicieron, Mica pulsó unos controles y una gran puerta de almacén se abrió, dejando ver una enorme estancia llena de equipos abandonados.

—Ya hemos llegado —dijo Mica, indicándoles que pasaran primero, y echando un último vistazo a ambos lados del callejón antes de cerrar la puerta—. Soy la única que conoce el escondite de Lena. Además de vosotros. Es importante que jamás os sigan hasta aquí.

—Por supuesto —asintió Obi-Wan.

En lo alto de varios tramos de escaleras de duracero, los descansillos y la maquinaria de carga dieron paso a un espacio más acogedor. De espaldas a la entrada. entre varios sillones que no combinaban entre sí pero de apariencia cómoda, estaba la mujer que Obi-Wan había visto en la holopantalla de Jocasta Nu. Lena Cobral.

Mica carraspeó para anunciar su llegada. Lena se giró.

—Lo conseguisteis —dijo juntando las manos y ofreciéndoselas a Qui-Gon y Obi-Wan. Luego abrazó a Mica—. Menos mal. ¿Habéis tenido buen viaje?

—Se nos hizo corto —le dijo Qui-Gon antes de presentarse a sí mismo y a Obi-Wan.

Obi-Wan se sintió contento al ver que Qui-Gon salía de su silencio, porque no estaba totalmente seguro de poder llevar aquella conversación sin problemas.

Lena Cobral parecía guapa en la holopantalla, pero en persona era impresionante. La larga melena oscura, suelta sobre los hombros, le enmarcaba la cara y unos ojos oscuros parecidos a los de Mica. Era apenas unos años mayor que Obi-Wan, algo que sorprendió al joven aprendiz. Al igual que los freganos que habían visto, su comportamiento era tranquilo. Saludó a los Jedi como si fueran viejos amigos o invitados de honor en una tiesta, no escoltas políticos.

—Por favor, sentaos —dijo Lena, guiando a los Jedi a las sillas—. ¿Qué vais a tomar? ¿Quizá un té de kopi?

Antes de que los Jedi pudieran decir nada, Lena ya estaba vertiendo un líquido oscuro en las tazas. Tenía una tonalidad anaranjada y un sabor delicioso.

—Mi prima Mica me trae todo desde que estoy escondida — Lena sonrió a la silenciosa Mica—. Ayer me trajo este té. Y hoy os ha traído a vosotros —Lena dirigió su contagiosa sonrisa hacia los Jedi. Obi-Wan encontró imposible no devolverle el gesto.

—Es demasiado buena conmigo —el tono optimista de Lena hacía olvidar cualquier posibilidad de amenaza—. Y se empeña en quedarse aquí sin pensar en el peligro que corre. Sé que no debería permitirlo.

—Eres tú la que no tiene en cuenta el peligro que corre —le dijo Mica suavemente.

Lena contempló cómo su prima se levantaba y abandonaba la habitación, y Obi-Wan apreció por primera vez un atisbo de tensión y miedo en el rostro de la chica. Miró a su Maestro para ver si él también se había dado cuenta, pero Qui-Gon se había vuelto a ensimismar y miraba fijamente la taza de té.

—Lo siento —se disculpó Lena, llevándose súbitamente la mano a la frente—, os estoy haciendo perder el tiempo. No he sido del todo sincera.

Obi-Wan se incorporó en el asiento y Qui-Gon puso la taza en la mesa. No hablaron, se limitaron a esperar a que ella dijera lo que tenía que decir.

—Es cierto que necesitaba una escolta hasta Coruscant. Y es cieno que quiero testificar contra los Cobral. Tengo que terminar lo que Rutin empezó. Aquello por lo que dio su vida —la voz de Lena se quebró. Se puso en pie y, mientras seguía hablando, se dirigió hacia las ventanas tapadas por pesados cortinajes—. En muchos aspectos, es culpa mía. Yo no quería enamorarme de él, pero uno no elige esas cosas, ¿verdad?

A Obi-Wan le pareció que Qui-Gon asentía imperceptiblemente.

—Antes de casarnos, Rutin me prometió que acabaría con el crimen, pero no podía permitirse ser repudiado por su familia. Era el hijo predilecto de unos padres que le amaban y tenía la esperanza de hacerles cambiar. No sólo quería apartarse él, sino acabar con todo de una vez por todas —comenzó a hablar más rápido, como si no pudiera detener el flujo de palabras.

—Pero entonces, su hermano Solan se enteró de que Rutin estaba intentando cambiar las cosas, y, presa de la furia, acudió a su padre. Rutin no podía romper la red desde dentro, así que lo intentó desde fuera. Fue la decisión más difícil de su vida. Yo quería que saliera, pero le rogué que no arriesgara su vida. Él insistió. Por mí, dijo. Lo hacía por mí —Lena se detuvo de nuevo y se giró hacia los Jedi. Tenía los ojos anegados en lágrimas.

Obi-Wan se sintió como si sólo le estuviera mirando a él, como si esos ojos se dirigieran a su corazón. Era cómo si le estuviera escudriñando, intentando ver si tenía fuerza y valor suficientes para ayudarla. Si se podía confiar en él.

Obi-Wan se fiaba de ella instintivamente. Había algo en su forma de comportarse, en su forma de hablar. No les estaba mintiendo. Él podía percibir el miedo de ella, sí, pero también su sinceridad. Y podía percibir su fuerza. Lena Cobral no era una cobarde.

—Por eso tengo que llevar a cabo este plan —dijo Lena, recobrando el ánimo—. No puedo dejar que la muerte de Rutin quede en nada. Testificaré. detendré el crimen, pero...

Obi-Wan se acercó. Hasta ahí, todo era normal. ¿Pero qué...?

—No tengo pruebas que ofrecer al Senado —suspiró Lena—. Rutin se esforzó muchísimo por protegerme. Y. pese a todo lo que he oído, al igual que cualquier fregara, lo único que tengo es mi palabra contra la suya.

Qui-Gon se puso en pie. Obi-Wan sabía, por su expresión, que estaba muy molesto con la argucia. Les habían enviado para escoltar a un testigo en peligro, y ahora resultaba que el testigo no tenía nada que contar.

—Por favor —dijo Lena, cogiendo la enorme mano de Qui-Gon—. Os niego que os quedéis hasta que reúna las pruebas. Yo sé que existen: listas, fechas, libros de cuentas y registros de los delitos de los Cobral. Con vuestra ayuda...

—Nos enviaron aquí sólo para protegerte. Si no puedes testificar, tendremos que regresar a Coruscant. Solos —dijo Qui-Gon, inexpresivo.

Obi-Wan se indignó, incapaz de creer lo que estaba oyendo. ¿Cómo podía Qui-Gon negar su ayuda a aquella mujer?

Capítulo 3

—¡Maestro! —dijo Obi-Wan con mayor intensidad de la que pretendía— Yo... —se detuvo, dándose cuenta de que no era conveniente discutir una diferencia de opiniones delante de Lena—. Me gustaría hablar contigo —dijo.

Obi-Wan hizo un gesto tranquilizador a Lena y bajó rápidamente un tramo de escaleras. Qui-Gon le siguió. Cuando llegó al rellano. Obi-Wan se giró bruscamente.

—Maestro, no irás a dejar aquí a esta mujer. ¡Es obvio que está asustada y corre peligro! —explotó.

—Nos ha mentido con respecto al tema de las pruebas, Obi-Wan. ¿Quién te dice que no miente también sobre el peligro que corre? —dijo Qui-Gon con calma.

—Su miedo es real —dijo Obi-Wan—. Estoy seguro de que eso puedes percibirlo. No podemos abandonarla —sintió que se sonrojaba. No había hablado así a su Maestro desde antes de la muerte de TahI, porque, en todo ese tiempo, Qui-Gon parecía no haber sentido nada exterior a sí mismo.

El Maestro miró a su padawan un rato. Obi-Wan le aguantó la mirada. No dejaría que Qui-Gon se saliera con la suya.

—Nos quedaremos dos días. Nada más. Si no reúne las pruebas para entonces, nos volveremos a Coruscant sin ella —decidió Qui-Gon—. Pero no creo que sea buena idea. Estás dejándote llevar por tus sentimientos.

—No me arrepentiré —dijo Obi-Wan con firmeza.

—Eso espero —respondió su Maestro.

La ira y la frustración se arremolinaron en el interior de Obi-Wan. Se dirigió hacia las escaleras sin añadir una palabra más. ¿Acaso no había dejado Qui-Gon que sus emociones le guiaran en el pasado? Si tan sólo se permitiera sentir alguna de esas emociones, quizá podría entenderlo. Estaban tomando la decisión adecuada. Lena y Frego les necesitaban.

Luchando por superar la frustración, Obi-Wan se detuvo antes de regresar a la estancia. Lena oyó a los Jedi en las escaleras y se giró. Su rostro estaba lleno de esperanza.

—Nos quedaremos dos días —le dijo Obi-Wan con una sonrisa.

—Te protegeremos mientras estemos aquí, pero eso es todo. No reuniremos pruebas contra los Cobral —añadió Qui-Gon.

Eso bastaba. Lena abrazó con fuerza a Obi-Wan.

—Gracias —le dijo al oído—. Gracias. Es más de lo que podría pedir.

Obi-Wan sintió un calor en la cara y en el cuello mientras le devolvía el abrazo a Lena, no sin sentirse incómodo. Por el rabillo del ojo podía ver a Qui-Gon, y más allá a Mica. Ninguno sonreía.

—Dos días serán suficientes, pero no hay tiempo que perder —dijo Lena. Salió de la sala y un momento después regresó con una capa parecida a la de Mica. Se recogió el pelo rápidamente y se lo cubrió con la capucha.

—Yo voy contigo —dijo Mica.

Lena negó con la cabeza.

—No hay razón para que tú también corras peligro.

Obi-Wan creyó ver un atisbo de rabia en el rostro de Mica, pero se quedó callada mientras los Jedi y Lena salían del apartamento.

Lena se comportó de forma brusca y determinada en su gesto mientras guiaba a los Jedi fuera del callejón. Antes de que se cubriera con un par de gafas oscuras que le ocultaban casi toda la cara, Obi-Wan se dio cuenta de que ella tenía las cejas pintadas.

Lena se movía por las calles casi más rápido que su prima. Guió a los Jedi desde los oscuros y apelotonados almacenes a un barrio lleno de edificios altos y relucientes. Turboascensores como burbujas subían y bajaban por las paredes exteriores.

Lena se detuvo de repente a unos doce metros de un edificio especialmente grande y majestuoso. Tres imponentes hombres hacían guardia en la puerta del turboascensor.

—Vamos a tener que ir por detrás —dijo Lena, dándose la vuelta hacia los Jedi. Suspiró con tristeza—. No he vuelto a mi casa desde...

¿Tu casa? —interrumpió Qui-Gon.

Obi-Wan se dio cuenta de que su Maestro no estaba del todo sorprendido con la idea, pero no le parecía muy buena. A Obi-Wan tampoco se lo parecía. Pero quería ayudar a Lena.

—¿Estás segura de que esto es buena idea? —le preguntó Qui-Gon.

—No hay otra opción —explicó Lena—. Hay información vital en mi casa y la necesito para testificar.

Qui-Gon no respondió. Lena se giró y bajó por un estrecho callejón hacia la entrada trasera. Por suerte, no estaba custodiada. Introdujo un código en un pequeño panel y la puerta se abrió. No había turboascensor en ese lado del edificio. Tenían que subir treinta y siete pisos andando.

Cuando llegaron, los tres estaban sin aliento. Pero Lena no se detuvo a descansar En lugar de eso, dobló una esquina para llevarles hacia lo que parecía un muro de durocemento. Hasta que estuvo cerca. Obi-Wan no se dio cuenta de que realmente era una puerta secreta. Lena pulsó un pequeño botón escondido en un panel y la puerta se abrió.

Antes de que pudiera mirar dentro. Lena jadeó y se tapó la boca con la mano. Estaban en lo que parecía haber sido un bonito salón. Pero el apartamento había sido saqueado, y todo estaba por los suelos, destrozado.

Las ricas telas que habían forrado los muebles se veían rasgadas y esparcidas por la habitación. Las mesas y las cómodas estaban hechas pedazos Los cajones habían sido volteados y las estanterías despejadas, y los contenidos rotos yacían en todas las superficies, esparcidos al azar.

El apartamento había sido decorado con cariño, pero ahora parecía el interior de un vertedero. El responsable de aquel registro lo había hecho a conciencia. Hasta la moqueta había sido rasgada y hecha jirones.

Lena se acercó a Obi-Wan y se apoyó en su brazo.

—Debería haberme imaginado que registrarían esto —dijo desesperada. Se agachó y recogió lo que quedaba de una pequeña talla de piedra. Dejó caer los pedazos de nuevo y los ojos se le llenaron de lágrimas. Obi-Wan quería consolarla, pero no sabía muy bien qué decir. Le acarició el brazo.

—Supongo que debes alegrarte de no haber estado en casa —respondió Qui-Gon secamente. Era obvio que se había dado cuenta de la tristeza de Lena, y Obi-Wan se indignó ligeramente. ¿Cómo podía ser tan insensible?

Lena tomó aire y soltó a Obi-Wan antes de abrirse paso por el desastre, hacia la parte de atrás del piso. Qui-Gon se quedó cerca de la puerta. Obi-Wan siguió de cerca a Lena, por si volvía a necesitar su ayuda. El piso, más que registrado, parecía destrozado.

Con el rostro ensombrecido por la tristeza. Lena contempló los daños. Se detuvo una vez para recoger un objeto que no estaba del todo destrozado, y lo colocó en una estantería que, a duras penas, seguía colgando de la pared. Obi-Wan se preguntó cuánto tardaría en caerse.

—¡Qué raro! —exclamó Lena al entrar en el dormitorio situado al final del pasillo. En esa habitación estaba todo perfecto. Los muebles seguían en su sitio. La cama estaba hecha. Incluso el retrato de la pared se mantenía recto.

Obi-Wan se acercó a la foto, en la que se veía a Lena y a Rutin. Estaban junto a una cascada, mirándose fijamente. Había algo en aquel retrato que le molestó, pero antes de que pudiera identificar el sentimiento, la foto y la pared de la que colaba se deslizaron para revelar un pequeño despacho.

—Aquí trabajaba Rutin por las noches —le explicó Lena, entrando por la puerta secreta—. Todos los archivos de su familia están almacenados aquí. No me puedo creer que el que registran la casa no... —Lena se quedó sin voz al encender el ordenador.

La luz azulada y el tenor se reflejaron en la cara de Lena al leer el mensaje en la pantalla:

"NO PODRÁS DETENERNOS. SI LO INTENTAS, MORIRÁS."

Capítulo 4

Qui-Gon entró en la sala trasera justo a tiempo para ver parpadear el mensaje por última vez. Después, el ordenador se apagó.

Lena se desplomó en una silla.

—Han borrado las pruebas —dijo—. Lo han borrado todo.

Por un momento, la determinación de Lena fue sustituida por la desesperación. Qui-Gon se sorprendió al darse cuenta de que sentía una desesperación parecida procedente de Obi-Wan. Lo miró pensativo. No era normal que su padawan se comportara así.

Qui-Gon concentró su atención en el tema que les ocupaba.

—¿El ordenador estaba conectado a algún tipo de red? —preguntó.

—No creo —dijo Lena. Luego negó firmemente con la cabeza—. No. En ese caso. Rutin no habría guardado la información aquí.

—¿Había alguien más con acceso a la información? —preguntó Qui-Gon.

—Bueno, la información no era secreta para nadie de la familia. Todos saben lo que está pasando, pero tienen cuidado de no dejar huellas. Solan se asegura de eso —Lena se levantó y volvió a su habitación, hablando más consigo misma que con los Jedi—. Pero Rutin se las arregló para construir un rastro. Cualquiera hubiera podido, menos Solan...

Qui-Gon se dio cuenta de que Lena ya se estaba recuperando del golpe. Estaba formulando un nuevo plan. Qui-Gon no pudo evitar admirar su resolución. Porque, aunque amara tanto a su marido como decía, estaba demostrando una fortaleza impresionante ante su muerte. Qui-Gon pensó que quizá les estaba engañando.

—Todo el mundo lo sabe —volvió a decir Lena, elevando la voz—. Y uno de ellos quizá pueda ayudarnos —Lena se giró y echó a andar hacia el ascensor.

—Vamos — indicó a los Jedi—. Quizá yo necesite vuestra protección ahora más que nunca. Vamos a la finca Cobral.

—¿En serio? —preguntó Qui-Gon—. ¿Estás segura de que ése es el mejor plan?

—La única que sigue viviendo allí es mi suegra. Ella no forma parte del negocio familiar. Merece la pena el riesgo. Tiene que merecerla.

En el sótano del edificio, Lena y los Jedi se montaron en un gran deslizador. Al cabo de unos momentos, estaban en las afueras de la ciudad, en dirección al hogar de la suegra de Lena, Zanita Cobral.

—Siempre nos llevamos bien —les explicó Lena mientras avanzaban por la superficie del planeta—. Rutin era su hijo favorito. Era el pequeño. Su pérdida ha sido devastadora para ella, para todos nosotros.

A Qui-Gon le costaba concentrar su atención en Lena desde el asiento trasero. Mientras se obligaba a estar presente, en el fondo de su mente se preguntaba si aceptar aquella misión había sido buena idea. Necesitaba tomar sutiles decisiones para las que no sabía si estaba capacitado. Se sintió como si se moviera por una neblina de sentimientos indefinidos.

—Puede que Zanita sea la única persona del planeta a la que Solan no tiene controlada —contó Lena a Obi-Wan—. Es la única que nos puede ayudar. Sólo espero que quiera hacerlo.

La finca Cobral estaba en una colina con vistas a Rian. Cuando la gran mansión apareció ante ellos, Lena activó una capota de transpariacero que cubrió rápidamente a los viajeros. Después pulsó otro botón, y el transpariacero adquirió un tono gris oscuro.

—Cuando lleguemos a las puertas tendréis que agacharos —dijo Lena—. A los Cobral no les gustan los extranjeros.

Qui-Gon se preguntó si a los Cobral les gustaría ver a Lena por allí. Por mucho que ella afirmara que su suegra y ella se llevaban bien, lo más probable era que su presencia provocara agitación en lugar de tranquilidad.

Ellos al menos tenían a alguien que les recordaría a Rutin. ¿Pero a quién tenía él que le recordara a Tahl? Nadie la conocía como él. Cada día recordaba algo nuevo. Y no tenía a nadie con quien compartirlo.

Agazapado en la parte de atrás, cubierto por su propio hábito, Qui-Gon podía percibir la tensión de Lena. Y sabía que no eran sólo los nervios por la inminente reunión con Zanita. Pasaba algo más.

—Ahí está el deslizador de Solan —les susurró a los Jedi—. Y el de su hermano Bard. Está aquí toda la familia.

Qui-Gon alzó la cabeza lo justo como para ver una serie de vehículos de lujo aparcados en la puerta de la mansión. Sin duda, los Cobral poseían una vasta fortuna.

—Quizá deberíamos regresar más tarde —sugirió Obi-Wan en voz baja desde el asiento de delante.

—No. No tengo tiempo —dijo Lena con la resolución de costumbre—. Vamos a colarnos dentro, y encontraré la forma de hablar a solas con Zanita. O quizás encuentre lo que necesito por mí misma y no necesitemos que nos ayude en nada. Quizá podamos obtener información adicional. Puede que tener juntos a varios Cobral sea algo ventajoso después de todo.

O algo letal, pensó Qui-Gon.

Lena aparcó el deslizador en un extremo de la entrada, junto a una estatua de metal.

—Podemos entrar por las cocinas —dijo ella, señalando con la cabeza a una pequeña puerta.

Qui-Gon observó cómo Lena y Obi-Wan se escondían con sigilo junto a la puerta. Momentos después, salió un pinche que no se dio cuenta de que Lena metía el pie entre la hoja y el quicio para evitar que se cerrara. Cuando el pinche dobló la esquina del edificio. Qui-Gon se metió en las cocinas tras Lena y Obi-Wan.

La entrada había sido demasiado fácil.

Las cocinas eran enormes, con largas encimeras relucientes y módulos para almacenar alimentos. Los cocineros iban de un lado a otro, ocupados en la preparación de un gran festín.

Lena esperó hasta que la mayor parte de ellos estuvieron de espaldas a la puerta, se puso la capucha y atravesó la estancia. Se comportaba con tal aire de autoridad que nadie se molestó en preguntarle quién era o a dónde iba.

Poco después de entrar en una gran estancia cubierta por una espesa alfombra, se ocultó en una pequeña habitación y tiró de Obi-Wan y Qui-Gon para que la siguieran. En la estancia había varias holopantallas.

—Esto era una estación de guardia —explicó Lena—, pero cuando se quedó viuda. Zanita pensó que no necesitaba tanta protección, así que ya no se utiliza.

Qui-Gon se sintió ligeramente aliviado. Al menos había una explicación para lo fácil que les había resultado entrar.

Lena ajustó uno de los monitores hasta que apareció un gran comedor lleno de gente.

—Es el cumpleaños de Bard —dijo Lena con alivio. Sobre la mesa había un enorme estandarte de celebración fregano—. Tendría que haberme acordado.

La multitud se encontraba por toda la sala. sonriendo y con vasos llenos de un líquido rojo. A primera vista, era como cualquier fiesta normal. Qui-Gon se fijó con más detalle.

—Ahí está Zanita —dijo Lena, señalando a una mujer mayor, alta, vestida de negro y cubierta de pequeños smokats. Llevaba un pañuelo elegantemente anudado en la cabeza,

a modo de turbante. Pese a su edad, era la persona más atractiva de la sala. A Qui-Gon le sorprendió su imponente presencia y cómo hacía sentirse bien a la gente a su alrededor, riendo, sonriendo y asegurándose de que todos tenían lo que necesitaban. Entonces, otra cosa llamó su atención.

—¿Ese de ahí es Solan? —preguntó en voz baja, señalando a un hombre parado en una esquina con gesto burlón.

—Sí. ¿Cómo lo has sabido? —preguntó Lena.

Qui-Gon levantó las cejas, pero no dijo nada. Mantuvo la mirada fija en Solan. Al igual que Zanita, el hombre con el ceño fruncido estaba rodeado de un extenso grupo de personas, pero ninguna de ellas parecía disfrutar de su compañía. Simplemente se mostraban nerviosos junto a él.

De repente. Solan se levantó. Una mujer que estaba a su lado se apresuró a cogerle la copa vacía y la servilleta. Alguien le preguntó si quería que le trajera algo, pero él les despachó haciendo un gesto despectivo con la mano. Solan se acercó al invitado de honor, un hombre más bajo que él, pero con el que compartía un parecido asombroso. Era su hermano mediano, Bard.

Solan le pasó el brazo por encima de los hombros e, interrumpiendo su conversación, lo llevó aparte para decirle algo en voz baja.

—Todos le temen —comentó Obi-Wan.

Qui-Gon se alegró al ver que los hombros rígidos del hermano menor no le habían pasado por alto a su aprendiz.

—Exactamente —dijo Qui-Gon—. Hasta su familia le teme.

Lena alzó la mano para que los Jedi guardaran silencio.

—Zanita se va de la fiesta —susurró la chica—. Es mi oportunidad.

Sin añadir nada. Lena se deslizó fuera de la habitación y dejó a los Jedi vigilando por la holopantalla. Bajó por el largo pasillo hacia la biblioteca. Era una gran estancia repleta de estanterías elevadas llenas de libros con aspecto importante y muebles relucientes. Allí estaba Zanita, disfrutando de un momento de tranquilidad.

Qui-Gon sintió una extraña inquietud. Pese a las suaves maneras de Zanita, él no pensaba que aquel encuentro fuera a salir bien.

Obi-Wan se acercó más a la holopantalla. Lena entró en la biblioteca sin ser advertida por el resto de los invitados.

La expresión de Zanita cuando vio a su nuera fue de intensa alegría. La mujer se levantó y abrazó a la recién llegada durante un buen rato.

Obi-Wan jugueteó con los controles de sonido que había bajo la pantalla para eliminar las voces de los invitados y dejar únicamente las de Lena y Zanita en la biblioteca.

—Pero, querida, ¿por qué ibas a ocultarte de tu familia? —preguntó Zanita con la voz llena de preocupación.

—Tenía miedo —le explicó Lena—. Y sin Rutin no sabía qué pensaríais de mí.

—Siempre serás una Cobral — le dijo Zanita con solemnidad, mirando con gesto serio a su nuera—. ¿Pero por qué tenías miedo?

Lena titubeó, y bajó la voz.

—Tengo miedo porque creo que Solan mató a Rutin.

Zanita se tambaleó mientras retrocedía, hasta desplomarse en un gran sofá de aspecto acogedor. Se quedó pálida mientras tendía una mano temblorosa hacía Lena.

—Ese era mi mayor temor —susurró Zanita mientras las lágrimas acudían a sus ojos —. No quería que fuera cierto, pero en mi corazón sé que no estás mintiendo.

Sacó un pañuelo bordado del bolsillo y se secó los ojos antes de proseguir.

—Intenté detener a Solan, hacerle razonar, pero era demasiado tarde —estaba sollozando—. Y ahora Rutin ya no está.

Lena se arrodilló junto a Zanita e intentó consolarla como pudo. También le dijo que sabía de los planes de Rutin para acabar con la red mafiosa.

—Sé que esto no te va a gustar, pero estoy planeando testificar en contra de la familia. El mayor deseo de Rutin se ha convertido también en el mío. Quiero detener la violencia —explicó faena, mirando fijamente a su suegra—. Y necesito que me ayudes.

En la sala de vigilancia, Qui-Gon detectó un ligero temblor en la voz de Lena. No se le podía echar en cara; después de todo, estaba pidiendo a Zanita que traicionara a su propia familia..., a sus propios hijos.

Zanita se quedó mirando su regazo, pero soltó la mano de Lena. Ahí, sentada en el sofá, su autoritaria presencia pareció disminuir en cierto modo. Por fin, alzó la mirada hacia un retrato que colgaba de la pared de la biblioteca. Era la foto de tres hombres, los hermanos Cobral. Rutin estaba en el centro, con gesto orgulloso.

—Sí —susurró Zanita—. Esto tiene que acabar.

Capítulo 5

Zanita se quedó sentada en silencio otro rato. Cuando alzó la vista, tenía los ojos anegados en lágrimas.

—Hay unos documentos —dijo lentamente—. Creo que podría conseguirlos, pero tienes que prometerme que mi nombre no se relacionará con tu testimonio de ninguna manera.

—Por supuesto que no, Zanita —le garantizó Lena. Luego le acarició el hombro—. Sé que la violencia y la corrupción no son cosa tuya.

Zanita pareció recobrar su poder mientras hacía funcionar su mente. A Lena le recordó a Qui-Gon.

—Tardaré un tiempo en hacerme con los documentos. Quizá los tenga para mañana por la noche —dijo—. Hay que tener muchísimo cuidado. Si Solan sospechara algo...

De repente, una voz estruendosa resonó justo a las puertas de la biblioteca. Qui-Gon mostró su gesto de preocupación. Era una voz masculina con un evidente enfado.

Lena soltó el brazo de su suegra y le indicó que guardara silencio. Sin perder un segundo, se puso en pie y se escondió tras una pesada cortina que cubría las puertas de transpariacero de la biblioteca.

Un momento después, las puertas se abrieron y Solan irrumpió en la habitación.

—Madre —le dijo con brusquedad, mirándola como si fuera una niña a la que hubiera que regañar—. ¿Qué haces aquí?

Zanita miró tranquilamente a su hijo. No era una niña, y, al parecer, no le agradaba que la trataran como tal.

—Sólo estoy descansando un rato — se limitó a decir. En su rostro no había ni un ápice de temor.

Solan se mostró impaciente.

—Eres la anfitriona de la celebración del cumpleaños de tu hijo —sentenció él—. No me parece bien que te escapes para descansar un rato. Ya lo harás cuando acabe la fiesta.

—Deja de agobiarme, Solan. Estoy en mi casa y haré lo que me dé la gana —miró a su hijo fijamente. Solan parpadeó y dio un paso atrás.

—Juno necesita que vayas a la cocina —dijo él con más calma—. No sabe qué vajilla poner para la cena.

—Bien. Ya iré a hablar con ella —respondió Zanita.

—De acuerdo. Entonces vuelve a la fiesta.

Zanita pasó por alto el hecho de que su hijo le acababa de dar una orden. Se limitó a seguirle dócilmente, saliendo de la biblioteca. No se giró cuando la puerta se cerró tras ella.

Tras esperar un momento. Lena también salió de la habitación. Minutos después se reunió con los Jedi en el puesto de guardia.

—Supongo que habréis oído todo lo que ha pasado —dijo—. Ese Solan me pone histérica, hablándole así a su madre. A veces me gustaría que ella le pusiera en su sitio —su voz se calmó—. Pero supongo que eso acabaría con su vida.

Lena se detuvo mientras su rápida mente se movía hasta el siguiente pensamiento. De repente, su mirada dejó ver un brillo de agitación. Qui-Gon no estaba seguro de si era por la emoción de haber escapado o por el resultado de la reunión con su suegra.

—¿No es genial? —preguntó, quizá demasiado alegre—. Zanita nos va a ayudar. Sabía que lo haría. Sólo una mujer podría entender que la violencia del mundo del crimen no conduce a nada más que a la destrucción y el odio.

Qui-Gon no pudo evitar pensar en Jenna Zan Arbor, una científica loca que había realizado experimentos terribles en sujetos humanos vivos..., incluido él. Conocía a muchas mujeres que llevaban vidas delictivas y violentas, Pero no dijo nada.

—Ahora estoy más tranquila. El encuentro no podía haber salido mejor.

—Sí, parece que tu suegra está dispuesta a ayudarte a testificar —asintió Qui-Gon—. Esperemos que mantenga su palabra.

Lena asintió mientras daba la espalda a las pantallas de seguridad.

—Todavía tenemos que salir de aquí sin que nos descubran —dijo. Miró las pantallas, fijándose en la ubicación de cada uno en la casa. Qui-Gon se dio cuenta de que estaba calculando cuál era el mejor momento para salir de allí.

—Seguidme —dijo Lena al cabo de un rato. Sacó la cabeza por la puerta del puesto de guardia y miró al pasillo. Indicó a los Jedi que la siguieran y salieron de la sala. Zanita seguía en las cocinas con Juno, por lo que salieron por otra entrada que casi nunca se usaba, en un lateral de la mansión.

Una vez fuera de la casa, Qui-Gon pensó en la familia Cobral. Aparentemente, eran como cualquier otra familia: unidos, cariñosos..., pero con algunas tensiones. Pero bajo la superficie quedaban puntos oscuros. Había miedo, y posiblemente también odio.

Pero, claro, aquello no era del todo sorprendente para Qui-Gon. Era de esperar que una familia que gobernaba el planeta gracias a la corrupción y a la violencia estuviera unida por una oscura red.

Distraído con sus pensamientos. Qui-Gon no percibió el peligro inminente. Fue Obi-Wan el primero que gritó:

—¡Cuidado! —exclamó, empujando a Qui-Gon y Lena para apartarles del deslizador.

Mientras los tres caían al suelo, una gran estatua de metal se desplomó justo en el sitio donde habían estado ellos y fue a parar al morro de su deslizador, apenas a unos centímetros de los tres.

Su vehículo estaba destrozado. Y, si no hubiera sido por unos pocos segundos, ellos también podrían haber muerto.

Capítulo 6

Los Jedi y Lena seguían en el suelo cuando Zanita y Juno salieron por la puerta de las cocinas. Qui-Gon percibió la tensión de Lena ante la mirada del asistente y. por un momento, Juno le dirigió a la chica una mirada de odio. Pero su rostro dibujó enseguida un gesto de preocupación.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, tendiendo una mano para ayudarla.

Lena se levantó sola y se sacudió la ropa.

—Sí —respondió bruscamente. Miró a su alrededor para ver si venía alguien más. Se alegró de haber aparcado el vehículo al otro lado de la zona de la fiesta.

A Qui-Gon le impresionó la compostura de Lena. Y no necesitaba mirar a su padawan para saber que a Obi-Wan también.

Zanita tenía el turbante ladeado y parecía ligeramente cansada, pero no se sorprendió en absoluto ante el hecho de que Lena hubiera aparecido en su casa con dos personas a las que no había visto jamás.

—Tenemos que reforzar la base de esa estatua —dijo Juno, contemplando la gigantesca mole metálica del suelo—. Es bastante inestable.

—Bastante —repitió Qui-Gon con frialdad.

—Zanita, ¿recuerdas a Obi-Wan Kenobi y Qui-Gon Jinn? —preguntó Lena, alzando las cejas ligeramente y mirando a su suegra—. Son amigos míos. Qui-Gon supo instintivamente que Lena estaba intentando que la madre de su difunto marido no dijera ni diera a entender que jamás los había visto antes. Y se dio cuenta de que era por Juno.

—Claro —replicó Zanita encantada—. Me alegro de volver a veros.

Qui-Gon sonrió con una amabilidad que no sentía.

—Lo mismo digo —dijo, tomándola de la mano por un instante, según la costumbre fregarla.

Juno parecía molesto por no ser presentado a los Jedi. Se aclaró la garganta y dio un paso adelante.

—Por favor, pasen, tienen que descansar —dijo—. Tenemos un androide médico que examinará sus heridas.

Qui-Gon intentó disimular una mueca al darse cuenta de que para una familia como los Cobral tener un androide médico era una necesidad vital, pero había algo extraño en la oferta de Juno. Qui-Gon estaba convencido de que, pese a su gesto preocupado, el sirviente no tenía el menor interés en su bienestar. Quizá tenía otros motivos para desear que el grupo regresara a la casa.

—Creo que no va a ser necesario, Juno —dijo Zanita con tono autoritario—. Lena y sus amigos ya se iban —miró a su alrededor furtivamente. Tras la conversación que había tenido con su hijo en la biblioteca, Qui-Gon supuso que la idea de entrar en la casa, o la posibilidad de que saliera alguien, le ponía nerviosa.

—Puedes coger un deslizador, Lena —añadió—. Es lo menos que puedo hacer por ti.

Lena sonrió a su suegra.

—Te lo agradeceríamos mucho —dijo ella—. Gracias. Zanita.

Juno dirigió una mirada iracunda a Lena y se dirigió hacia el edificio de almacenamiento de vehículos.

—Lena sabe dónde se guardan los deslizadores, Juno —dijo Zanita—, y puede coger el que quiera de los míos. No es necesario que la lleves.

La expresión de Juno se volvió más sombría, pero no dijo nada.

—Más nos vale volver dentro —dijo Zanita al ver que Juno no se movía—. Tenemos imitados a los que atender.

Dirigiendo una última mirada a los tres visitantes, Juno se giró y siguió a su jefa de vuelta a las cocinas.

—Otra vez hemos estado cerca —susurró Lena, temblando ligeramente—. A Rutin nunca le cayó bien Juno, y a mí me da miedo —miró hacia la puerta por la que Juno y Zanita acababan de desaparecer, y luego se giró, dirigiéndose hacia el hangar de vehículos—. Vámonos de aquí antes de que pase algo más.

Minutos después. Lena y los Jedi estaban en el camino de regreso a la ciudad.

—Qué amable ha sido Zanita al ofrecemos su propio deslizador —comentó Obi-Wan desde el asiento del copiloto.

—Muy amable —asintió Lena, pero no añadió nada más. De repente parecía muy concentrada en la conducción del deslizador.

De vuelta en el asiento de atrás, Qui-Gon pensó en las cosas que habían ocurrido en las últimas horas. Aunque no le gustaba admitirlo, se sentía perdido. No era capaz de descifrar si Zanita o Lena eran sinceras, tanto entre ellas como con Obi-Wan y él.

Qui-Gon suspiró. Por millonésima vez, deseó que Tahl siguiera viva. Aparte del dolor insoportable por su ausencia, que todavía le quemaba por dentro, sabía que la aguda percepción y la intuición de su amiga habrían descubierto la verdad. Ella no se hubiera dejado distraer por las superficies serenas y refinadas de aquellas mujeres. Ella hubiera traspasado todo aquello y habría adivinado sus verdaderas intenciones, sus motivos.

Qui-Gon agachó la cabeza e intentó que el dolor por la pérdida de Tahl fluyera a través de él. ¿No era eso lo que le había enseñado Yoda, lo que él mismo le había dicho a su padawan tantas veces?

Tienes que permitirte sentir las cosas, para luego dejarlas ir. Qui-Gon se concentró en las palabras. Sintió el dolor arremolinándose en su interior hasta que supo que se iba a romper, que se iba a venir abajo. Entonces, con cada átomo de su cuerpo. intentó dejar fluir el dolor hacia fuera.

Pero no pudo.

Le dolía la cabeza, y abrió los ojos. Siempre le pasaba lo mismo. Sentía el dolor en su totalidad y luego un vacío infinito. El dolor nunca se iba. Le dejaba vacío, pero no le dejaba en paz.

Capítulo 7

Obi-Wan no dijo nada mientras el deslizador atravesaba la ciudad. Podía percibir el humor melancólico de su Maestro, y Lena tenía toda su concentración puesta en la conducción. Ella pilotaba muy bien por la ciudad, y Obi-Wan volvió a sentirse impresionado por su compostura. Hacía menos de media hora que habían estado a punto de morir. pero ella parecía haber borrado aquello de su memoria con la facilidad de alguien que corre una cortina.

Obi-Wan había supuesto que iban a regresar al escondite de Lena en el almacén. En lugar de eso, y tras asegurarse de que nadie les seguía, ella se dirigió hacia su saqueado apartamento. Obi-Wan pensó decir algo al respecto, pero cambió de idea. Supuso que Lena estaba guardando silencio por alguna razón.

Lena aparcó el deslizador a unos cientos de metros de su edificio. Se acercaron con precaución, y sólo encontraron a un guardia adormilado en la puerta del turboascensor. Pasaron rápido por delante de él y entraron en el ascensor, que les llevó rápidamente ala planta superior. Cuando entraron en el piso. Lena fue de una habitación a otra rápidamente, con los Jedi siguiéndola de cerca.

Qui-Gon no dijo nada, pero la siguió con seguridad. Obi-Wan sintió una punzada de frustración al darse cuenta de que su Maestro no estaba experimentando la misma confusión que él. Incluso en aquel estado depresivo parecía saber exactamente lo que estaba pasando.

A Obi-Wan le costó un poco mantener el ritmo de las dos personas que tenía delante. Lena les guió por la salida secreta que habían empleado antes, y luego bajaron tramo tras tramo de las escaleras. No bajó el ritmo cuando llegaron al callejón. Caminó rápidamente por las calles, yendo de un lado a otro. Por último, paró un aerotaxi y todos se subieron.

Aliviado por haber dejado de perseguir a Qui-Gon y Lena, Obi-Wan se desplomó contra el respaldo.

—¿Nos estaban siguiendo? —preguntó. Era la única razón lógica para las acciones de Lena.

—No, que yo sepa —dijo Lena con voz rara. Parecía casi frívola, como si le divirtiera la idea—. Zanita es una mujer realmente maravillosa. Qué suerte tengo de conocerla.

Obi-Wan pensó que era extraño que Lena estuviera hablando de su suegra como si les uniera una amistad, y no un parentesco, pero guardó silencio una vez más. Después de todo, él no sabía nada sobre familias.

Lena dijo al aerotaxista que les dejara a unas manzanas del almacén. Cuando volvieron a caminar, ella se relajó un poco. Un rato después alzó la mano y dio un toque a Obi-Wan en el brazo.

—Lo siento —dijo, mirándole a los ojos. Obi-Wan intentó reprimir la forma en que se sentía cuando ella le miraba.

—No podía hablar en el aerotaxi por el gremio de conductores aéreos —explicó la chica—. Son partidarios de Cobral. Y en cuanto al vehículo de Zanita, bueno, digamos que está repleto de equipo de vigilancia extra que probablemente ni siquiera Zanita conoce.

Obi-Wan asintió, y Lena se giró y siguió caminando. Habló bajando el volumen lo suficiente como para que Obi-Wan y Qui-Gon pudieran oírla.

—El derrumbe de la estatua no fue accidental. Estoy segura de que la base era estable, por mucho que dijera Juno. Hay unas cuantas trampas repartidas por la finca,

los Cobral las llaman "medidas de seguridad". Dicen que son para proteger lo que es suyo.

—¿Quién crees que lo provocó? —preguntó Qui-Gon, hablando por primera vez desde que salieron de la finca Cobral.

—No lo sé —respondió Lena—. Los Cobral tienen muchos aliados, remunerados o no. Aunque Juno es el sirviente de Zanita, es fiel a Solan. Estoy segura de que le caería una buena recompensa si consiguiera matarme.

El humor del grupo era sombrío mientras avanzaban por las calles y llegaban al almacén.

En el interior. Mica iba de un lado a otro. Un paquete de tamaño mediano yacía sobre la mesita baja.

—Esto llegó mientras estabas fuera —dijo Mica. Alzó el paquete y lo lanzó a las manos de su prima. Parecía algo nerviosa.

Lena cogió el paquete y le dio la vuelta. Estaba cubierto de un fino material de envoltura gris. No tenía nada escrito aparte de su nombre en letras mayúsculas: "LENA COBRAL".

Capítulo 8

—Rutin —dijo Lena, mirando al paquete. Pasó los dedos por su nombre—. Es la letra de Rutin —explicó mirando a los Jedi—. La reconocería en cualquier parte.

Qui-Gon miró al paquete, con la casi total seguridad de que era una especie de trampa. Rutin estaba muerto. ¿O no?

—Si no te importa, me gustaría echarle un vistazo —dijo él, dando un paso adelante —. Quiero asegurarme de que no es peligroso antes de que lo abras.

Lena frunció el ceño.

—Rutin jamás me pondría en peligro —dijo orgullosa.

Qui-Gon alzó una ceja. Por lo que sabía. Rutin había hecho correr muchos peligros a su esposa, pero no vio razón para recordárselo a Lena en ese momento.

—Podría ser una trampa —dijo Qui-Gon sin añadir nada.

Lena le miró con un punto de desagrado. Qui-Gon pensó que quizá la chica creía que le iba a robar el último regalo de Rutin, pero acabó dando a Qui-Gon el paquete.

Cerrando los ojos. Qui-Gon cogió el paquete un momento. Cuando los abrió, se lo devolvió a Lena.

—No percibo nada de una gravedad inmediata —dijo, pero no estaba seguro de que el paquete fuera de Rutin, o de que les fuera a ayudar a obtener pruebas contra los Cobral. Ya no estaba seguro de nada.

Lena puso la caja en la mesa y la abrió con una pequeña navaja de bolsillo, sin quitar el envoltorio. Luego comenzó a sacar lo que había dentro y a ponerlo sobre la mesa: un par de botas negras, un frasco lleno de barro... El rostro de Lena dibujó su decepción ante el contenido de la caja.

—Esto no tiene sentido —murmuró la chica.

—Creo que voy a preparar algo de comer —dijo Mica, ausentándose.

—Buena idea, Mica —dijo Lena—. Me muero de hambre.

Qui-Gon se sentó junto a Lena cuando Mica salió de la estancia. No estaba seguro de qué motivos albergaban ninguna de las dos, pero pensaba poder sacar algo en claro si se dirigía a cada una en privado.

—¿Habéis recibido alguna visita en el almacén? —preguntó sin perder tiempo.

Lena apartó su atención del paquete y negó con la cabeza.

—No, ¿por qué?

En lugar de responder. Qui-Gon hizo otra pregunta.

—¿Habéis recibido algún paquete misterioso antes de hoy?

Lena volvió a negar con la cabeza.

—No, claro que no. Os lo habría contado.

—Me alegra oír eso —dijo Qui-Gon sin creérselo del todo.

La siguiente pregunta era quizá la más importante.

—¿Es Mica la única que sabe de este sitio? —preguntó en voz baja.

Lena alzó la mirada. Tenía el ceño fruncido.

—Voy a ir a ver si Mica necesita ayuda con la comida —dijo Obi-Wan bruscamente.

Qui-Gon asintió brevemente a su padawan para indicarle que le parecía buena idea, pero no apartó la mirada de Lena.

Con el ceño todavía fruncido. Lena se puso en pie.

—Sí, Mica es la única persona aparte de vosotros dos que conoce este apartamento —dijo sin expresividad. Se volvió hacia Qui-Gon de nuevo, con las manos apoyadas en las caderas—. Pero no cuestiones la lealtad de mi prima. Mica y yo crecimos juntas. Somos como hermanas. Y no está aliada con los Cobral.

Lena atravesó la habitación y suspiró antes de volver a sentarse junto a Qui-Gon.

—Ni siquiera me gusta hablar de los Cobral delante de ella —dijo Lena lentamente —. Cuando era pequeña presenció el asesinato de su madre, y el recuerdo sigue siendo muy doloroso para ella.

—¿Los Cobral fueron responsables de la muerte de su madre? —preguntó Qui-Gon ligeramente sorprendido.

Lena asintió con tristeza.

—La mataron a sangre fría. Mica sólo tenía siete años y lo vio todo. Fue una gran pérdida, y el trauma fue mayor todavía. Jamás lo superó.

Qui-Gon asimiló aquella información en silencio.

—Todo es muy complicado en Frego —dijo Lena, suspirando profundamente—, pero intentaré explicarlo. Como ya he dicho antes, los Cobral cuentan con multitud de alianzas en este planeta. Durante siglos, el Gobierno de Frego trató mal a los ciudadanos; los impuestos eran muy elevados y los servicios públicos eran prácticamente inexistentes. Los freganos se dejaban la piel para ver cómo otros se llevaban su dinero.

»La familia Cobral consiguió que eso cambiara. Si bien es cierto que labraron su fortuna vendiendo drogas y armas, y que tienen una pésima reputación, emplearon su poder para obligar al Gobierno a ofrecer los servicios básicos que el pueblo necesitaba. Incluso bajaron los impuestos y alzaron los salarios.

—Algo que facilitó la vida de la gente —dijo Qui-Gon. Había estado en planetas con historias similares. Un poder corrupto que desplazaba a un Gobierno injusto provocando cambios positivos. Pero los medios de los que se sirvieron para realizar esos cambios positivos tenían algo de negativo.

—Actualmente, el Gobierno reconoce que en el pasado tuvo un mal comportamiento, que trataron al pueblo injustamente —prosiguió Lena—. Y a muchos políticos les indigna tener que operar bajo el yugo de los Cobral. Quieren hacer el bien a su pueblo. Al menos algunos de ellos. Otros parecen nobles, pero están podridos por dentro.

—Ya veo que a los Cobral les gusta complicar las cosas —comentó Qui-Gon—. Para todos.

—No hay transparencia, no hay seguridad —afirmó Lena—. Vivimos sujetos a caprichos, no a leyes. Por eso, la violencia tiene que parar. Sé que hay una forma mejor de hacer las cosas, y quiero que Frego tenga la oportunidad de un nuevo amanecer. El comienzo que Rutin y yo no tuvimos.

A Lena se le llenaron los ojos de lágrimas, y. por primera vez, Qui-Gon se mostró más amable con ella. Entendía por lo que estaba pasando. Tahl y él tampoco pudieron tener un nuevo comienzo.

Lena se secó las mejillas.

—Hay algunos políticos que incluso están dispuestos a forjar una nueva senda hacia el futuro —continuó Lena—. Y algunas personas mostrarían su apoyo al nuevo Gobierno. Pero muchos otros se sienten en deuda con los Cobral por haber mejorado la calidad de vida.

Lena miró con solemnidad el paquete y las botas sobre la mesa.

—Parece que nadie puede liberarse.

—¿Confías plenamente en tu prima? —preguntó Qui-Gon, regresando a su línea de partida original.

Lena miró a Qui-Gon a los ojos.

—Sin duda alguna. Como ya te he dicho, es como mi hermana. Mica desea vengar a su madre y detener la corrupción. Quizá más que nadie.

Qui-Gon no comentó el hecho de que Rutin y Solan eran hermanos. En lugar de eso, respiró hondo y soltó el aire lentamente.

—Me temo que Mica podría haber revelado tu paradero —comentó él—. O alguien lo ha descubierto por su cuenta.

Capítulo 9

Obi-Wan entró en la cocina y se sorprendió a medias de encontrarla vacía. Bajó por el pasillo y vio un viejo turboascensor en uno de los improvisados dormitorios. Un segundo después, sintió un temblor. Mica estaba huyendo.

Obi-Wan saltó por el hueco del turboascensor y aterrizó suavemente sobre el aparato, que se detuvo en ese momento. Activando el sable láser, abrió un agujero en la superficie metálica y volvió a dejarse caer, pero el ascensor ya estaba vacío. Escuchó el eco de las pisadas de Mica, que se alejaban hacia la puerta.

Obi-Wan supo que tenía que seguirla... Si lo hacía, obtendría información vital para la misión y para Lena. ¿Y si Mica estaba huyendo para hacer daño a su prima? ¿Y si sus acciones ponían a Lena en más peligro?

No podía arriesgarse. Tenía que hablar con Mica. Ya.

No tardó mucho en alcanzar a la chica. Al cogerla del brazo, le impresionó lo enfadado que se sentía por dentro. Se dio cuenta de que estaba furioso porque Mica estaba poniendo en peligro la vida de Lena.

Obi-Wan se tranquilizó, intentando dejar que la ira se disipara antes de hablar con Mica. Pero en cuanto vio su cara, la ira desapareció. La chica estaba visiblemente compungida.

—¿Adónde vas? —preguntó Obi-Wan intentando no sonar demasiado severo.

Mica estaba muy nerviosa.

—Iba... iba... —parpadeó con los ojos llenos de lágrimas—. Tengo que ira un sitio —terminó la frase en un susurro.

—Pero antes dime qué pasa —dijo Obi-Wan. Vio varias cajas en una esquina y la llevó hacia allí. Ella se sentó en una y él en otra.

—Es hora de que me cuentes la verdad. Si de verdad quieres a Lena, lo harás —dijo el Jedi.

Mica se miró los pies. No dijo nada durante unos minutos. Luego comenzó a hablar.

—Los Cobral son horribles —comenzó a decir—. Hacen cosas terribles, malvadas. Pero no creo que Lena, ni nadie, sea capaz de acabar con ellos. Rutin lo intentó, y le mataron. Le mató su propia familia. Y a mi madre también la mataron los Cobral.

Se le escapó un sollozo mientras se secaba los ojos.

—Obviamente, yo quiero vengar su muerte. Y sé que ella no es la única. La mía no es la única pérdida. Deseo ver a esos asesinos pagar por sus crímenes. Pero si voy a por ellos, probablemente me maten a mí también. Y a Lena. Les da igual quitar vidas. No significa nada para ellos. Ni siquiera dentro de la familia.

Obi-Wan asintió.

—No puedo decir que estés equivocada —dijo—, pero los Cobral tienen a Frego atrapado en una espiral de violencia y crimen. Lena tiene la posibilidad de destruir para siempre esa trampa y a los que la crearon. Y está dispuesta a aprovechar la posibilidad.

Mica asintió.

—Lo sé. Lena es una heroína. Le da igual su propia vida, sólo le importa Frego y su pueblo. Y yo no soy más que una cobarde, un estorbo para sus planes.

Obi-Wan asintió de nuevo, sorprendido de no volver a enfadarse. Sabía que Mica había engañado a Lena, pero, de alguna forma, se sintió aliviado al ver que Mica se sentía culpable por sus acciones.

—¿Cómo? —se limitó a preguntar.

—Quería impedir el juicio —explicó Mica—. Era demasiado peligroso. Así que convencí a Lena para que esperara hasta que llegarais vosotros antes de seguir con el plan. Entré en su apartamento y borré los archivos. Supuse que, sin tener las pruebas.

Lena tendría que rendirse. Y si se rendía, los Cobral la dejarían en paz. Y así estaría a salvo. Claro, que no me esperaba encontrar los matones a sueldo en su piso.

—¿Matones? —repitió Obi-Wan.

Mica asintió.

—Armados hasta los dientes. Estaban saqueando el lugar. En ese momento pensé que eran simples ladrones, rateros que habían ido a por las joyas y los metales preciosos. Lena y Rutin tenían muchas posesiones de valor.

Se detuvo un momento antes de proseguir. —Pero luego me di cuenta de que buscaban otra cosa.

—¿Viste cómo eran? —preguntó Obi-Wan.

—No —dijo Mica—. Se fueron en cuanto me oyeron entrar. Sólo dejaron intacto el dormitorio. Yo apenas vi sus espaldas mientras escapaban por el balcón. No intenté averiguar más porque no quería que me vieran. Sólo vi que eran dos, dos hombres. Uno era muy alto y desgarbado. Y el otro bajito y calvo.

—Tampoco es mucho —susurró Obi-Wan.

—Estoy segura de que les contrataron los Cobral —dijo Mica.

Obi-Wan se sintió más predispuesto ante Mica ahora que ella había confiado en él, pero seguía habiendo una cosa que le inquietaba.

—Entiendo por qué borraste los archivos del ordenador, pero ¿por qué dejaste el mensaje de amenaza en la pantalla?

Mica alzó la mirada sorprendida.

—¿Qué mensaje? —preguntó ella—. Yo no dejé ningún mensaje —se detuvo un momento. Luego, como si hubiera leído la mente de Obi-Wan, dijo—. Y tampoco le he contado a nadie dónde se esconde Lena.

Capítulo 10

Lena miró a Qui-Gon sin poder creérselo. Qui-Gon se dio cuenta de que no creía que Mica hubiera revelado su paradero, pero el paquete que había sobre la mesa indicaba que probablemente alguien lo había hecho. Los extraños contenidos no eran peligrosos, pero que alguien supiera dónde estaba ella sí podía serlo... Sobre todo si llegaba al conocimiento de la persona inadecuada.

—Tengo que hablar con Obi-Wan —se disculpó Qui-Gon.

Se acercó lentamente a la cocina y se dio cuenta de lo cansado que estaba. Aquella misión rutinaria estaba empezando a ser más difícil de lo que esperaba. Se sintió muy decepcionado, pero había algo que se le escapaba. No sabía quién estaba engañando a quién. Y no entendía por qué Lena protegía con tanto ahínco a su prima. Era obvio que había aprendido por las malas que los parentescos no eran garantía de protección contra la traición. O el asesinato.

La cocina estaba vacía. Qui-Gon bajó las escaleras por instinto, y, a medio camino. se encontró con Obi-Wan y una taciturna Mica que subían hacia él.

—Las pruebas no existen —le soltó Obi-Wan—. Mica las borró.

—¿Las borraste o las robaste? —preguntó Qui-Gon, mirando a Mica fijamente.

—¡Las borré! —le replicó ella con actitud desafiante—. No suelo aprovecharme de la mala suerte de los demás, y menos de Lena —su voz se suavizó al hablar de su prima —. Yo sólo quería protegerla. Hacer que todo esto desapareciera —Mica bajó la cabeza y arrastró los pies mientras los Jedi la volvían a llevar al piso superior. Era obvio que la chica sabía que había llegado la hora de contar a Lena lo que había hecho.

Aunque estaba visiblemente avergonzada de sus acciones, Qui-Gon pudo percibir que su conciencia estaba limpia. No les estaba engañando. Se sintió aliviado al saber que al menos había una persona que no estaba mintiendo.

—Obi-Wan —Qui-Gon detuvo a su padawan en el rellano, y Mica les dejó solos—. Tenemos que actuar con cautela. Las cosas no son lo que parecen con nuestra testigo. En este planeta hay más mentiras que verdades, y además son más baratas.

Cuando Obi-Wan alzó la mirada para encontrar la de su Maestro. Qui-Gon vio en los ojos del chico unas pequeñas llamaradas de ira que pronto se extinguieron.

—Lena es una persona honrada —dijo Obi-Wan alterado—. Está luchando por lo que cree. Tus dudas no le van a ayudar en nada.

Qui-Gon no pudo evitar sonreír imperceptiblemente. Obi-Wan pensaba que Qui-Gon estaba insultando a Lena y estaba enfadado, dispuesto a defenderla. Eso confirmaba lo que Qui-Gon sospechaba, que Obi-Wan sentía algo por Lena. Tendría que haber tocado el tema antes, para intentar advertir al chico. Lo más probable es que aquello acabara mal para él.

—Te sientes atraído por ella —le dijo Qui-Gon—. Ten cuidado. No te dejes guiar por esa atracción.

—Yo no me... —Obi-Wan negó con la cabeza y se esforzó por mantener el control de su voz—. No siento nada por ella. Es sólo que tiene razón.

—Los motivos que nos ha contado son válidos, pero podría tener más. Piensa en todo a lo que ha renunciado. Quizá nunca vuelva a tener la vida a la que estaba acostumbrada. Ha perdido puntos con los Cobral desde que Rutin fue asesinado y corre el riesgo de que la repudien. No sólo la familia, sino todo Frego. ¿No te parece posible que esté intentando conseguir las pruebas sólo para tener algo con lo que negociar?

Obi-Wan no hizo ningún gesto que diera a entender que estaba de acuerdo.

—Aún queda un día —dijo en voz baja—. Ya veremos qué pasa —se dio la vuelta y subió las escaleras.

Qui-Gon entró en los aposentos de Lena detrás de su padawan. Mica estaba junto a la mesa contemplando la caja vacía. Los contenidos del paquete no estaban en ninguna parte.

—Le dije que había borrado las pruebas —dijo Mica, ahogando un sollozo—, pero no quiso escucharme.

—¿Adónde se ha ido? —preguntó Qui-Gon. Obi-Wan ya estaba en las escaleras.

—No lo sé —lloriqueó Mica, desplomándose en un sofá bajo—. No me dijo nada. Se limitó a coger lo que había en la caja y se largó.

Capítulo 11

—Obi-Wan, espera —le ordenó su Maestro. Obi-Wan no quería escucharle. No en ese momento. No mientras Lena estuviera sola y en peligro. Pero se detuvo en seco en lo alto de las escaleras.

—Tenemos más posibilidades de encontrarla si pensamos adónde puede haber ido —dijo Qui-Gon. Se sentó junto a Mica—. ¿Dónde crees tú que puede haber ido? —le preguntó sin alzar la voz.

Obi-Wan permaneció en lo alto de las escaleras. Sabía que su impaciencia no tenía que ver con encontrar a Lena. Estaba impaciente con su Maestro, y un poco confundido. Antes conocía bien a Qui-Gon, tanto que llegó a pensar que compartían una misma mente. Ambos sabían cómo reaccionaría el otro ante determinadas situaciones, a qué pensamientos y acciones llegarían. Pero ya no era así.

Justo cuando Obi-Wan empezaba a pensar que a Qui-Gon le daba igual la misión, su Maestro se ponía al mando. Si Qui-Gon no hubiera detenido a Obi-Wan, él ya habría encontrado a Lena y la habría puesto a salvo. Apoyado contra la barandilla de las escaleras, Obi-Wan dejó escapar un suspiro de desesperación. No tenía sentido interrogar a Mica.

—Vamos, pues —dijo Qui-Gon. Se puso en pie y bajó por las escaleras con movimientos fluidos. Mica, con los ojos todavía enrojecidos por el llanto, se apresuró a guiarle.

Obi-Wan les siguió. Se había ensimismado tanto en sus propios pensamientos que no había oído adónde se dirigían. Respirando profundamente, dejó escapar su frustración y concentró toda su energía en lo que estaba haciendo. Qui-Gon no tenía derecho a dudar de Lena porque llevaba toda la misión distraído. y. por tanto, no podía haber apreciado la esencia, la verdadera naturaleza de la chica. Pero si Qui-Gon se concentraba en la misión, al menos de momento, Obi-Wan también podría hacerlo.

A Mica ya no le importó tanto que la vieran mientras guiaba a los Jedi por las calles de Rian. Dejaron atrás los almacenes y callejones y se adentraron en la ciudad. Por encima de la cabeza de Qui-Gon, Obi-Wan vio una reluciente estructura traslúcida, como una enorme serpiente abriéndose paso por el cielo, entre los rascacielos gigantescos.

Dentro de la estructura. Obi-Wan vio hojas verdes y formas en movimiento. El agua se acumulaba en el interior de las curvadas paredes de transpariacero, dándole el aspecto un formidable invernadero de varios pisos. Aunque Obi-Wan no podía ver ni el principio ni el final, la estructura parecía extenderse varios kilómetros.

—Ahí —dijo Mica sin aliento, señalando a una puerta en la estructura—. Creo que puede estar en el parque Tubal.

—Yo esperaba algo más reducido —dijo Qui-Gon. Obi-Wan no sabía si aquello le divertía un poco o le frustraba profundamente.

Obi-Wan alcanzó a Mica mientras se acercaban a la entrada.

—¿Por qué iba a venir aquí? —le preguntó.

—Este parque significa mucho para Lena. Solía venir aquí con Rutin, y siempre viene aquí a pensar —respondió Mica—. O al menos solía hacerlo.

Las titánicas puertas ovaladas se abrieron, y los tres entraron. Cuando las puertas se cenaron tras ellos. Obi-Wan se sintió como si acabaran de salir de una nave en otro planeta. El aire estaba cargado de humedad. El ruido de la ciudad quedó amortiguado, sustituido por las reverberaciones del agua corriente y las voces de unos niños.

Obi-Wan alzó la vista, pero apenas podía distinguir las junturas del techo, más allá de las copas de los gigantescos árboles. Los senderos se entrecruzaban, conduciendo

hacia unas plantas brillantes, o serpenteando entre riachuelos y pequeñas cascadas. La gente paseaba por los puentes y se agachaba para entrar en los túneles tejidos a través y alrededor de la espesa vegetación. Había algunos animalillos revoloteando por aquí y por allá, y anfibios todavía más pequeños chapoteando en las charcas.

Obi-Wan entendió perfectamente las razones de Lena para ir a aquel lugar. Le recordó a la Estancia de las Mil Fuentes del Templo Jedi, que también era un santuario y un lugar idóneo al que acudir a pensar.

—¿Sabes adónde suele ir exactamente? —preguntó Qui-Gon.

Mica negó con la cabeza tristemente.

—Yo nunca he venido con ella. Venía sola o con Rutin. Podría estar en cualquier parte.

—Entonces sugiero que nos separemos —dijo Qui-Gon a Obi-Wan—. Mica vendrá conmigo.

Obi-Wan asintió y se dirigió hacia la izquierda. Le vendría bien alejarse un rato de Qui-Gon. Necesitaba un poco de tiempo para pensar.

En cuanto se alejó de su Maestro, su mente se llenó de Lena. A su alrededor, la gente se reunía en pequeños grupos: comían, jugaban y se tumbaban en el césped para contemplar el follaje. Pero Obi-Wan sólo se fijaba en ellos lo justo como para cerciorarse de que no eran Lena.

¿Será que siento algo por ella de verdad?, se preguntó Obi-Wan. Tras tomar aire varias veces para soltar su ira y su frustración, se dio cuenta de que no podía negarlo. Como siempre, Qui-Gon estaba en lo cierto. Estaba colado por Lena. Pero no era sólo por su belleza. No, era algo más que eso.

Era por su fuerza; la fuerza que sacaba de su propia vulnerabilidad. De eso se había enamorado. Lena era una pobre joven viuda. Había perdido hacía muy poco al marido al que tanto amaba, pero, en lugar de mostrar la cicatriz que eso le había dejado, intentaba sacar partido del dolor. No se ahogaba en ello. negándose a hablar de la pérdida. No como Qui-Gon.

Obi-Wan pensó en su Maestro. Negó con la cabeza mientras ascendía por un puente que se extendía sobre una cascada. Quizá su relación no estaba tan dañada como él creía. Por mucho que lo intentara. Obi-Wan no podía negar que Qui-Gon había percibido correctamente lo que él sentía por Lena, y antes que él mismo.

¿Pero cómo puede ver tan claramente los sentimientos de los demás cuando él no es capaz de desentrañar los suyos propios?, se preguntó Obi-Wan.

"El tiempo", hubiera dicho el Maestro Yoda. *"El tiempo todo lo cura."*

Obi-Wan sintió una nueva energía fluyendo por su interior mientras se relajaba para dejar atrás todo lo que le angustiaba. Había estado a punto de cegarse con sus sentimientos. Y ahora se sentía más seguro.

Aun así. Obi-Wan no pensaba que su Maestro tuviera razón en todo. Apretó el paso y aguzó la vista en busca de Lena, dándose cuenta de que su determinación por encontrarla era mayor que nunca. Tanto si su capacidad de razonamiento se había nublado por lo que sentía por Lena como si no, sabía que ella estaba en el lado correcto.

Por primera vez en horas, Obi-Wan se sintió despejado. Y estaba más seguro que nunca de que Lena estaba haciendo lo conecto. Estaba luchando por la paz y la justicia, y no sólo por su propio bien. Por el bien de todo el planeta. Como Jedi, era su deber ayudar.

Mientras esos pensamientos se agolpaban en su cabeza, uno nuevo comenzó a sobrevolarlos a todos como un nubarrón:

Se estaban quedando sin tiempo.

Capítulo 12

Qui-Gon sacó su intercomunicador del cinturón. Estaba a punto de activarlo y llamar a Obi-Wan, cuando su padawan apareció caminando hacia él por uno de los senderos.

—Ahí está —dijo Mica al momento. Estiró la cabeza para ver lo que Qui-Gon ya sabía. Que Lena tampoco estaba con él. Los tres habían rastreado la mayor parte del enorme parque, pero no encontraron a Lena por ningún lado.

Mica y los Jedi salieron del parque y volvieron al almacén desierto en silencio. Qui-Gon intentó buscar con su percepción, para averiguar si Lena estaba en peligro, si seguía viva, pero no sintió nada.

La sombría luz del anochecer hacía el escondite todavía más inhóspito que la luz de la mañana. Qui-Gon entró el primero en la estancia, y no tardó en discernir una silueta sentada en el sofá, a oscuras.

En un abrir y cerrar de ojos activó su sable láser, cuya hoja verde derramó una estremecedora luz por la sala, iluminando las chispas que salían de los ojos de Lena. Qui-Gon apagó su arma cuando Mica y Obi-Wan entraron.

—Lena —gritó Mica cuando vio a su prima. Corrió hacia ella y se puso de rodillas frente al sillón—. Lena, estábamos muy preocupados. ¿Dónde estabas?

—Siento haber huido así —dijo Lena, mirándoles uno a uno—. No quería preocuparos, pero tenía que asegurarme de que este paquete era de Rutin. Tenía que saber si... —su voz se apagó.

Mica se levantó para encender la luz. De vuelta sobre la mesa, junto al envoltorio, se hallaban los contenidos del paquete: el par de botas de agua, la linterna, la pequeña herramienta y el frasco de barro.

Aquellos objetos le parecían inconexos a Qui-Gon. ¿Qué tenía que averiguar Lena? ¿Y dónde había estado? Qui-Gon se sintió traicionado. No les estaba contando toda la verdad.

Aunque Lena parecía disgustada. Qui-Gon no esperó a que se tranquilizase.

—¿Dónde estabas? —le preguntó. Lena alzó la mirada. sorprendida por el grave tono de voz del Jedi.

—Paseando —respondió ella—. Necesitaba... estar sola.

A Qui-Gon aquello no le bastaba.

—¿Sola? ¿O más bien sin nosotros?

A Lena le temblaban los labios, y Qui-Gon se dio cuenta de que Obi-Wan le estaba mirando iracundo. Bajó el tono, pero no se arredró.

—¿Por qué te llevaste el contenido del paquete?

—El paquete es de Rutin —dijo Lena al cabo de un momento, luchando por que no se le quebrara la voz—. Me lo mandó antes de... —volvió a esforzarse para no venirse abajo—. ¿Pero cómo sabía que iba a morir? ¿Y por qué no me lo dijo?

Lena perdió el combate contra el dolor y la frustración y enterró la cabeza entre las manos.

—Está intentando enviarme un mensaje — dijo al cabo de un rato, tratando de controlar su voz—. ¡Pero yo no lo entiendo! Es como si me estuviera hablando y no le oyera —Lena perdió el combate—. Se ha ido para siempre.

Mica y Obi-Wan se apresuraron a sentarse junto a ella en el sofá, ansiosos por consolarla. Qui-Gon retrocedió hasta que encontró asiento justo delante de los otros tres. Lena parecía mucho más pequeña que antes. Menos capaz de engañar, de alguna manera.

Qui-Gon se sintió empequeñecer a medida que las olas de dolor de Lena le iban llegando, fluyendo con su propio mar de tristeza, que no dejaba de romper contra la roca

de su corazón. Sus palabras le llegaron muy hondo, y ya no dudó más de su sinceridad. El también sabía que el hecho aplastante de la ausencia del ser amado era un golpe igual de difícil que la primera vez. El también había pasado por ese momento en el que de repente el futuro parecía vacío e imposible de soportar.

—Los seres que amarnos y perdemos están siempre con nosotros —dijo Qui-Gon. Se sorprendió al oírse hablar, al oírse decir esas palabras, pero fueron un consuelo. De repente se sintió como si Tahl no anduviera lejos, y la tormenta en su interior se calmó.

Hubo un momento de silencio reflexivo en la habitación. Obi-Wan miró a su Maestro con los ojos llenos de compasión. Y. por primera vez, Qui-Gon no sintió la necesidad de mirar hacia otro lado.

El dolor de Lena pareció menguar, y luego miró agradecida al Maestro Jedi.

—Eso es cierto —dijo, asintiendo—. Rutin me sigue cuidando. Quizá mandó el paquete hace tiempo y dejó encargado que me lo entregaran hoy. Estoy segura de que es para ayudarme a encontrar pruebas. Él sabía que cualquier información en el ordenador era un objetivo seguro. Y se dio cuenta de que yo necesitaba algo más.

Qui-Gon percibió que Mica palideció al oír hablar a Lena del ordenador. Se preguntó si era por vergüenza de que su plan no hubiera salido bien o por el miedo a la posibilidad de que hubiera más pruebas.

La joven viuda no se fijó en su prima. Había dejado de llorar y ya volvía a hacer gala de su habitual compostura. Cogió las botas de la mesa y se las puso sobre el regazo.

—Todavía no sé adónde me lleva esta pista, pero lo averiguaré —dijo con firmeza.

—Pero, por favor, no vuelvas a marcharte así —le dijo Mica—. Me has dado un susto de muerte. Hemos estado horas buscándote en el parque.

Lena frunció el ceño.

—El parque... —murmuró.

Obi-Wan se quedó mirando los extraños objetos sobre la mesa y tomó la palabra de repente.

—Rutin hizo que te mandaran aquí el paquete. Eso significa que él sabía de la existencia de este escondite.

—Claro —dijo Lena—. Rutin se encargó de la seguridad de este sitio. Su plan era esconderse aquí mientras esperaba a que le sacaran del planeta.

Lena se puso en pie de un salto, dejando caer las botas.

—Casi se me olvida —exclamó, sacando un datapad del bolsillo—. Cuando salí, fui a mi apartamento a ver si había recibido mensaje de Zanita. Me ha mandado esto.

Capítulo 13

Al salir del almacén, vieron que el cielo se había oscurecido, y era de un tono gris lechoso. Qui-Gon miró a su alrededor por los visores que le ocultaban de la mirada de los transeúntes. Estaba anocheciendo y los callejones estaban desiertos.

—Reunirse con Zanita es un riesgo innecesario —afirmó Qui-Gon mientras salían del portal y avanzaban rápidamente. De repente supo que lo mejor que podían hacer era largarse del planeta lo antes posible—. Tenemos las pistas de Rutin, y eso debería bastar. No es necesario ponerte en peligro ni a ti ni a tu suegra.

—Ella está corriendo peligro porque yo se lo pedí —argumentó Lena—. No puedo dejarla plantada.

Frunciendo el ceño. Qui-Gon volvió a mirar el mensaje del datapad.

ESTACIÓN DE CARGA DE TRANSPORTE,
MUELLE 12
A LAS 22 HORAS DE ESTA NOCHE
SOLA
POR RUTIN

—No tenía que haber involucrado a Zanita —se lamentó Lena—, pero ya es demasiado tarde para cambiar eso. Si puedo ir sola, hablaré con ella y la convenceré de que be cambiado de opinión. Le diré que me ha entrado miedo y que he decidido irme del planeta. Así estaremos todos más seguros.

Qui-Gon tuvo que admitir que no era mal plan. Eso les daría algo de tiempo para poder abandonar el planeta más fácilmente. Asintió para mostrar su aprobación.

—Pero no dejaremos que vayas sola —dijo Obi-Wan, y Mica pareció aliviada al oír aquello.

—Claro que no —repitió Qui-Gon—. No es seguro.

—Ésa la única forma de convencer a Zanita —replicó Lena—. Ya os vio en la finca. Probablemente sepa que habéis venido en representación de la República Galáctica. Y así no podré convencerla de que he cambiado de idea, si me ve acompañada de Jedi.

—Estamos aquí para protegerte —dijo Qui-Gon con firmeza. *Y para asegurarnos de que eres quien dices ser.* Tras saber que Lena había vuelto a su casa mientras estaba sola, Qui-Gon sintió de nuevo crecer la sospecha en su interior. Podía haber hecho de todo mientras estaba allí. Aunque sabía que su dolor por la pérdida era sincero, no iba a pasar por alto el hecho de que podía estar sometida a presiones de las que ellos no supieran nada.

—Me temo que no te vas a librar de nosotros hasta que estemos de vuelta sanos y salvos en Coruscant —sonrió Obi-Wan—. Permaneceremos ocultos, pero no irás sola.

Lena le devolvió la sonrisa a Obi-Wan.

—De acuerdo —dijo—, pero más nos vale apresurarnos, para llegar antes. No es lejos de aquí.

—Ten cuidado —dijo Mica. abrazando a su prima—. Estaré aquí si me necesitas. Siempre estaré aquí si me necesitas.

Lena le acarició la mejilla.

—¡Volveré enseguida! —prometió.

Qui-Gon, Obi-Wan y Lena abandonaron el almacén y avanzaron por las oscuras callejuelas, iluminadas únicamente por la luz ocasional de las dos lunas del planeta. La noche caía, y Frego parecía un lugar menos hospitalario. Era como si la oscuridad sacara a relucir las mentiras y los engaños que infestaban el planeta.

Cuando se acercaron a la estación. Qui-Gon y Obi-Wan se ocultaron entre las sombras. Lena insistió en caminar tranquilamente por la calle, a la luz de las farolas.

—Tendría que tener más cuidado —murmuró Obi-Wan.

—No, padawan —dijo Qui-Gon— No puede dar la impresión de que tiene algo que ocultar. Además, su presencia aquí ayudará a eclipsar la nuestra.

En el muelle 12 había un silencio escalofriante. Unos edilicios bajos rodeaban una pista enorme de aterrizaje en la que descansaban unas cuantas naves cargadas de mercancía. Los extremos de la pista estaban sumidos en una oscuridad casi total.

Obi-Wan hizo una señal a su Maestro y ambos saltaron sin hacer ruido sobre el tejado de una de las construcciones. Tras acercarse hasta el borde. Qui-Gon se tumbó junto a Obi-Wan y los dos contemplaron a Lena caminando lentamente hacia el cuadrado naranja de luz que había en el centro de la pista de aterrizaje. Desde su atalaya, los Jedi podían verlo todo y podían acudir en ayuda de Lena en cualquier momento.

Aunque Lena era la única figura que se podía vislumbrar en la oscuridad, se dio cuenta de que no estaban solos. Había sentido otra presencia casi en el momento en que habían salido del escondite, y ahora esa sensación se incrementaba, se hacía más amenazadora.

Zanita apareció en el otro lado de la pista. Lena abrió los brazos y se dirigió hacia su suegra. Pero Zanita no alzó los brazos ni ofreció ningún gesto de saludo. Tras dar otro paso adelante, la razón se hizo obvia.

Su boca estaba cubierta por una mordaza. Tras ella, agarrando firmemente sus brazos atados en la espalda, estaba su hijo mayor. Solan Cobral.

Capítulo 14

Obi-Wan se puso en pie de un salto cuando aparecieron tres figuras más tras Solan y Zanita. Pero Qui-Gon le obligó a volver a agacharse.

Obi-Wan se zafó del brazo de su Maestro. Tenía que proteger a Lena. La chica iba desarmada y se enfrentaba a dos androides, a Solan Cobral y a su hermano, Bard. La joven viuda no era rival para unos malhechores capaces de apresar a su propia madre, o de ordenar la muerte de su propio hermano.

—Espera —le susurró Qui-Gon—. Veamos qué tienen pensado estos hombres.

Obi-Wan se puso de rodillas. Podía esperar, de momento, pero si alguien volvía a hacer un movimiento hacia Lena, ni siquiera Qui-Gon podría detenerle.

En la luz anaranjada de la pista de aterrizaje, Lena retrocedió unos pasos.

—Solan —dijo. Su voz le sonó extraña a Obi-Wan, casi llena de remordimiento. Se preguntó si quizá ella se sentía responsable por lo que le estaba pasando Zanita.

—Tenías que venir sola —exclamó el jefe mafioso.

—Y así ha sido —respondió Lena sin parpadear.

Nervioso ante la posibilidad de que les hubieran visto, Obi-Wan cogió el sable láser. Intentó levantarse, pero la mano de Qui-Gon en su hombro le obligó a volver a arrodillarse.

—No se refiere a nosotros —musitó Qui-Gon.

—No le hagas daño —gritó una voz en la oscuridad—. Lena no sabía que yo iba a venir—. Obi-Wan reconoció la voz de inmediato. Era Mica. Al cabo de un momento, estaba de pie junto a su prima. Obi-Wan no sabía que estaba allí.

—Por favor, no le hagas daño. Ella jamás se volvería contra los Cobral. Sólo ha estado intentando protegerme a mí. Soy yo la que buscas. Soy la que sabe cómo operáis. Yo soy la que quiere testificar contra vosotros.

—Mica, no. Calla —susurró Lena intentando detener aquella iniciativa repentina de su prima.

—No la escuchéis —dijo Lena a los Cobral—. Me está protegiendo a mí. No sabe que he venido para decirle a Zanita que he cambiado de opinión. Que fue una tontería pensar que podía luchar contra los Cobral. Solan, escúchame, por favor. Bard, Zanita y tú sois lo único que me queda de mi amado marido, Rutin. Me he dado cuenta de que lo que necesito es permanecer junto a la familia que me queda, ahora más que nunca. ¿Dónde estaría yo si os apartara de mí? Da igual lo que ocurriera en el pasado, siempre seremos familia. Y la familia es más importante para mí que nada.

—Qué lista —respondió Solan con una risilla. Empujó a Zanita hacia Bard, que la cogió con una mano. En la otra empuñaba una pistola láser.

—Me emociona que sigas queriendo ser parte de la familia —prosiguió él, dando un paso adelante—. Y doy las gracias por el hecho de que hayáis venido juntas —continuó, acercándose todavía más—. Será mucho más fácil limpiar el desastre cuando todo acabe.

Solan se acercó a Lena y Mica mientras los dos androides se aproximaban por los lados.

Sobre el tejado. Obi-Wan supo que había llegado el momento. Qui-Gon saltó junto a él hacia el suelo, y ambos corrieron hacia las dos indefensas primas.

Mica fue apresada por Solan, pero Lena consiguió zafarse justo a tiempo. Se dio la vuelta y se encontró cara a cara con un androide desgarbado pero potencialmente letal.

Los brazos del ciclópeo androide salieron disparados y comenzaron a enrollarse alrededor de la chica. Lena se agachó justo en el momento en que el sable láser de Obi-

Wan cercenaba un brazo y. con un poderoso revés, separaba la cabeza del androide de su cuerpo.

Obi-Wan empujó a Lena detrás de él y se acercó al siguiente androide.

A su lado. Qui-Gon rechazó un proyectil láser de Bard y lo mandó a los pies de Solan, que se esforzó por mantener agarrada a Mica y apuntar su arma a los Jedi. No se fijó en Lena, que se aproximaba a él por la espalda.

Lena agarró la pistola de Solan con fuerza mientras Mica se agitaba bruscamente, dándole un fuerte codazo a Solan en la mandíbula, hasta que consiguió soltarse. Solan perdió el arma.

El segundo androide disparó rápidamente a Obi-Wan, que rechazó con facilidad los proyectiles. Aunque al androide le cayó una impresionante ráfaga, no pareció sufrir ningún daño. Parecía rociar la pista con fuego mientras extendía rápidamente un largo brazo en dirección a Mica.

Qui-Gon cercenó aquel brazo con una elegante pasada de su sable láser y dio un paso adelante para terminar la maniobra. Un golpe certero en la sección media de la máquina acabó por derribarla.

Mientras Qui-Gon se ocupaba del androide. Obi-Wan echó un vistazo al panorama. Tras él, Mica parecía sufrir una conmoción. Estaba en el suelo, mirando fijamente a la oscuridad. Lena apuntaba con valentía a Solan.

De repente, Obi-Wan dio un salto en el aire, por encima de Lena. Sabía lo que iba a pasar antes de que pasara, pero no llegó a tiempo de rechazar el disparo. Desde su escondite entre las sombras, sin soltar a la amordazada Zanita. Bard disparó directamente a Lena.

Mica se apartó. Lena gritó. Y el disparo dio en el blanco.

Capítulo 15

Mientras Obi-Wan corría hacia las dos mujeres, Qui-Gon se acercó rápidamente a Bard y a su rehén, pero no podía ver dónde se habían ocultado en la oscuridad. Apenas percibía el sonido abogado de unos pasos huyendo ante él.

Qui-Gon dobló una esquina justo a tiempo para ver a Solan subiendo a su vehículo propulsado. Bard empujó a su madre al interior, detrás de su hermano, y el motor arrancó.

Qui-Gon se detuvo en seco, jadeando sin aliento. Los Cobral tenían un vehículo esperándoles. Era inútil perseguirlos a pie. Además. Qui-Gon estaba ansioso por regresar a la pista. Tenía un presentimiento terrible respecto a lo que iba a encontrar allí.

Qui-Gon dobló la esquina del edificio. En el cuadrado de luz anaranjada vio a dos figuras arrodilladas. Una tercera yacía en los brazos de su padawan. El cuerpo no emitía señales vitales.

Mica estaba muerta.

Lena se arrojó sobre el cuerpo de su prima sollozando.

—No. Mica —gritó suplicante—. Tú no. No me dejes.

Qui-Gon contempló la escena petrificado. Su mente volvió al momento en que Tahl se dirigió a él por última vez. Sintió un dolor horrible en el pecho.

Adonde quiera que vaya, te esperaré, Qui-Gon, le dijo ella. *Siempre me gustó viajar sola.*

No lo volverás a hacer, bromeó él. *A partir de ahora iremos juntos. Me lo prometiste, no puedes echarte atrás ahora. Jamás dejaré que lo olvides.*

Tahl esbozó una sonrisa con gran esfuerzo. Qui-Gon se dio cuenta en ese momento de que ella corría un grave peligro. Que iba a morir. Invocó a la Fuerza, a los Jedi, a su enorme amor por ella. Nada consiguió salvar a la mujer que amaba.

Qui-Gon apoyó la frente en la de Tahl. Sus alientos se entremezclaron.

Que este momento sea el último, dijo ella.

Y así fue.

—Maestro —dijo Obi-Wan en voz baja, y Qui-Gon volvió de repente al presente. Lena estaba sobre Mica, delante de él, revolcándose de dolor. No había ni rastro de la mujer fuerte y decidida que Qui-Gon conoció al llegar a Frego. No era la mujer que sospechó les estaba engañando. Sólo vio a una mujer agachada sobre un cadáver, incapaz de soportar la agonía.

Y él sabía exactamente cómo se sentía. Pero él había sobrevivido, lo había superado. Y sabía que Lena también podía hacerlo.

Qui-Gon se agachó junto a ella.

—Lo siento muchísimo —le dijo en voz baja—. Sé que no puedo compartir tu dolor, pero lo entiendo.

Estremeciéndose, Lena soltó el cuerpo de Mica.

—Me gustaría envolver el cuerpo —dijo, limpiándose los ojos—. Es la costumbre.

Obi-Wan encontró una vieja lona junto a una nave cercana y Lena mostró a los Jedi la costumbre tradicional para envolver a los muertos.

—Mica siempre me cuidó —dijo Lena mientras envolvía cuidadosamente el cuerpo en el suelo—. Siempre intentó guiarme en la dirección adecuada.

Los tres guardaron unos minutos de silencio, a modo de despedida. Luego dejaron a Mica yaciendo bajo la luz anaranjada.

—El parque —dijo Lena mientras se alejaban lentamente del cadáver—. Mica me dijo que estuvisteis allí horas.

—Así es —le confirmó Obi-Wan.

Lena estiró los hombros y su mirada se despejó.

—Ya sé lo que Rutin me estaba intentando decir —dijo con una seguridad repentina —. Tenemos que ir al parque inmediatamente.

Qui-Gon se maravilló ante la capacidad de Lena para volver a centrarse en encontrar las pruebas necesarias. Su rostro estaba marcado por una profunda tristeza, pero guardó la compostura mientras guiaba a los Jedi por el parque Tubal.

Una vez dentro, Lena se encaminó directamente hacia un punto en la parte más alejada del parque. Seguía estando oscuro, pero el cielo estaba despejado y las dos lunas del planeta relucían en el firmamento. Su luz plateada iluminaba senderos, puentes y arroyuelos.

Qui-Gon siguió escaneando el área a su alrededor. No percibió nada peligroso: el parque parecía sereno y tranquilo, al igual que durante el resto del día, pero hubiera sido una tontería bajar la guardia. Obi-Wan permaneció a una distancia prudencial, vigilando que no apareciera nadie.

De repente, Lena se detuvo junto a unos árboles tropicales. Una corriente manaba de entre las rocas pulidas hasta una poza de aguas cristalinas.

Con un suspiro, Lena se sentó.

—Éste era nuestro sitio especial —dijo—. Recuerdo la primera vez que Rutin me trajo aquí, hace cuatro años. Ni siquiera estábamos casados. Pero teníamos tantos planes, tantos sueños —sus ojos brillaron de felicidad un momento, pero poco tardaron en llenarse de lágrimas y ella se vino abajo entre sollozos.

—Lo siento muchísimo —dijo—. Hay momentos en los que me resulta insoportable. Me encuentro deseando que ojalá me hubieran asesinado a mí, y no a él. Yo hubiera dado mi vida sin dudarlo para salvar la suya.

Qui-Gon asintió.

—Yo también hubiera deseado dar mi vida para salvar otra, alguien a quien amé, pero ahora sé que puede ser peor ser el que se queda. Yo jamás hubiera querido que ella sintiera esta soledad, que pasara por lo que yo he tenido que pasar —acarició brevemente el brazo a Lena—. Rutin dejó estas cosas para ti porque sabía que su muerte era posible, y confió en que siguieras adelante.

Qui-Gon miró fijamente a Lena a los ojos y supo que sus palabras estaban haciendo efecto. Sorprendentemente, él también sintió un alivio en el pecho. Su dolor por Tahl seguía siendo insoportable, pero de repente supo que llegaría un día en el que podría sobrellevarlo. Y sabía de corazón que Tahl así lo hubiera querido. Ella hubiera detestado la forma en la que él decidió llorar por ella, pensó de repente. Se había permitido dejar que su dolor le apartara de todos los que habían intentado ayudarle. Porque el peso de su sufrimiento era tan enorme que no podía alzar la cabeza para ver que había otros sufriendo también. Obi-Wan. Yoda. Bant. Clec Rhava. La lista era larga.

Vio la cara de Tahl en su mente. Pudo ver su sonrisa irónica.

—¿Y ahora quién es el ciego? —le dijo.

Y su voz sonó tan real. Qui-Gon deseó poder contestar...

—Gracias. Qui-Gon —dijo Lena en voz baja, sacándole de su ensoñación—. Por muy difícil que sea vivir sin Rutin, sé que tienes razón.

Qui-Gon le apretó la mano suavemente. Se dio cuenta de la expresión de su padawan, una confusa frustración, y se dio cuenta de que le debía alguna explicación que otra, pero no era el momento. Tenían que hallar las pruebas y salir del planeta.

—¿Tienes alguna idea sobre el significado de las pistas del paquete? —preguntó Qui-Gon.

Lena se puso en pie y comenzó a mirar bajo las rocas y las grandes hojas verdes.

—Sé que es aquí —explicó—, pero las pistas no tienen sentido. ¿Para qué iba a querer yo un taladro o unas botas?

Los tres buscaron por la zona, pero no encontraron nada aparte de la hierba, el agua, las rocas y las plantas.

—Aquí no hay nada —dijo Obi-Wan al fin, en tono exasperado—. No es más que otro rincón encantador en este bosque.

Al oír esas palabras, Lena alzó la mirada de repente.

—No, no lo es —dijo ella—. Está todo fabricado por manos humanas —comenzó a mirar el suelo con otros ojos. Encontró un parche de suelo artificial cubierto de musgo. Se arrodilló y lo retiró.

Y vio un gran panel cerrado con llave.

Lena cogió el taladro y forzó la cerradura. Levantando la entrada y vio un corto túnel que bajaba.

Emocionada. Lena se introdujo en el túnel. Un momento después, Qui-Gon escuchó un audible chapuzón.

—Vale, ya sé para qué eran las botas —exclamó ella—. El agua me llega hasta los tobillos. ¡Al menos no son aguas fecales!

Qui-Gon le alcanzó las botas. Eran grandes, y Lena se las puso por encima de los zapatos. Luego encendió la linterna y fue de un lado a otro. Estaba dentro de un pequeño cuarto de bombeo.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó Obi-Wan.

Hubo más chapoteo, pero ninguna respuesta. Y luego un rato de silencio total.

Qui-Gon y su padawan se miraron. Qui-Gon estaba a punto de entrar cuando oyeron un grito de alegría.

—¡Lo encontré! —exclamó Lena.

Un momento después salió con un pequeño paquete envuelto en aislantes.

Qui-Gon deseó que fueran las pruebas que necesitaban.

Capítulo 16

No perdieron tiempo en regresar al almacén. Habían estado un par de horas en el parque, y ya era por la mañana temprano.

Obi-Wan estaba ansioso por llegar al improvisado apartamento y abrir el paquete. También estaba exhausto y esperaba que pudieran descansar unas horas antes de planificar el siguiente movimiento. Pero su Maestro no era partidario del descanso. En multitud de ocasiones. Obi-Wan pensó que Qui-Gon ni siquiera necesitaba dormir.

Una vez a salvo dentro del almacén, Lena abrió el paquete. En su interior había un datapad, bien envuelto y protegido del agua y de los golpes. Lena encendió el dispositivo y esperaron a que diera señales de vida.

Los momentos que siguieron parecieron prolongarse durante horas. Con manos temblorosas, Lena puso el datapad en una mesita y se sentó en el sofá.

El datapad emitió un silbido.

Lena pulsó una serie de teclas a un lado del dispositivo y la información comenzó a parpadear en la pantalla. Información sobre negociaciones ilegales, sobornos, extorsión al Gobierno, asesinos contratados... La lista de delitos se prolongaba hasta el infinito.

—Di adiós al poder, Solan —susurró Lena, que alzó la mirada hacia los Jedi, sonriendo—. Esto pondrá a los Cobral tras los barrotes durante una temporadita —dijo.

Obi-Wan suspiró aliviado. Muy pronto, la misión terminaría. Lena estaría a salvo, y Frego sería libre.

Qui-Gon no perdió tiempo en contactar con el senador Crote en Coruscant. Le explicó que ya tenían las pruebas necesarias y que emprenderían el viaje a primera hora de la mañana.

—Estupendo —respondió el senador—. Cojan el *Degarian II*. Es rápido y está disponible. Espero verles mañana.

Sin nada más que hacer, Lena y los Jedi se dispusieron a descansar unas horas. Pero mientras Lena dormía en la habitación contigua y su Maestro roncaba junto a él. Obi-Wan se dio cuenta de que, pese al cansancio, no podía dormir. No dejaba de pensar en la conversación que había oído entre su Maestro y Lena en el parque. Qui-Gon nunca había hablado con tanta franqueza de su dolor. Con nadie. ¿Por qué había optado por desahogarse con una mujer de la que apenas se fiaba, y no con su propio padawan?

Obi-Wan sabía que la muerte de Tahl había sido un golpe durísimo para Qui-Gon. Y sabía que su Maestro estaba enamorado de ella. Pero mientras Tahl estuvo viva. Obi-Wan no supo nada de aquella relación. ¿Cuándo floreció? Qui-Gon y Tahl apenas tenían tiempo para pasar juntos, que él supiera.

Allí, tumbado en la oscuridad, se sintió culpable. Sabía que no debía enfadarse con su Maestro, porque podía confiar en quien quisiera. Y si no era Obi-Wan, que así fuera.

Cambió de postura y recordó lo que su Maestro le había dicho a Lena. Recordó la mirada de Qui-Gon. Y deseó más que nada en el mundo encontrar el modo de aliviar el dolor de su Maestro.

Al fin, la fatiga de la misión se apoderó de Obi-Wan, que comenzó a quedarse dormido. Pero, justo cuando sus sentidos estaban comenzando a relajarse, escuchó movimiento en el cuarto de Lena.

Obi-Wan se levantó, preguntándose por un momento si Lena estaría intentando huir sin ellos. Si su Maestro había tenido razón al cuestionar las razones de la chica. Cuando habló con Solan lo hizo con convicción, y quizá realmente quería llevarse bien con los Cobral. Luego escuchó otra vez pasos y un forcejeo. ¡Alguien estaba atacando a Lena!

Se aseguró de que tenía su sable láser e irrumpió en la habitación contigua. Lena estaba en una silla, atada y amordazada. Una figura encapuchada, con una túnica rojiza, estaba junto a ella.

Lanzándose por los aires, Obi-Wan pasó por encima de ambos, quitándole la capucha al intruso. Esperó encontrarse cara a cara con un Cobral, pero no reconoció al extraño, cuyo rostro se contrajo en una mueca de furia mientras empuñaba una pistola láser.

Obi-Wan ya tenía el sable láser preparado, pero, de repente, el intruso se metió algo en el bolsillo y se acercó a la puerta de transpariacero. Estaba a punto de desaparecer, cuando Qui-Gon irrumpió en la sala y golpeó al hombre contra la pared con un impulso de la Fuerza. El intruso se deslizó hasta el suelo y se quedó inmóvil.

Obi-Wan desató rápidamente a Lena.

—¿Estás bien? —preguntó.

Lena asintió.

—Otro matón a sueldo de los Cobral —dijo, intentando sonreír—. Ya casi me estoy acostumbrando a ellos.

—Qué oportuno has estado Maestro —dijo Obi-Wan irónicamente, mientras ayudaba a Lena a levantarse.

—Gracias —respondió Qui-Gon mientras se agachaba junto al hombre—. Me parece que se va a despertar con un tremendo dolor de cabeza.

Qui-Gon llevaba semanas sin hacer una broma, y aquello fue música para los oídos de Obi-Wan.

Qui-Gon registró los bolsillos del asaltante y recuperó el datapad de Rutin. También recuperó otra cosa, Obi-Wan pudo verlo, pero Qui-Gon se la guardó en la mano.

El Maestro Jedi se levantó y se puso frente a Lena y Obi-Wan. En su rostro se dibujaba una grave preocupación.

—Ha habido un cambio de planes. Tenemos que abandonar Frego lo antes posible —dijo.

Capítulo 17

Lena, Qui-Gon y Obi-Wan avanzaron en silencio por las calles oscuras de Rian. Era casi de día, y una pálida luz amarillenta estaba comenzando a apoderarse del cielo. Qui-Gon estaba ansioso por dar aquella misión por terminada, pero mientras caminaba decidido no podía quitarse de encima la sensación de que todavía les quedaba mucho para el final.

Cuando llegaron a una de las principales plataformas de aterrizaje de la ciudad, Obi-Wan se dirigió inmediatamente al *Degarian II*. Ya estaba prácticamente a bordo de la nave cuando Qui-Gon le alcanzó. Lena les seguía de cerca.

—No, padawan —dijo Qui-Gon en voz baja, llevándole aparte—. No vamos a coger esta nave —Qui-Gon señaló con la cabeza a un solitario vehículo en un rincón de la plataforma—. Creo que ése nos vendrá mucho mejor para lo que necesitamos.

Obi-Wan se quedó perplejo, pero asintió. Cogió a Lena y la guió amablemente lejos del *Degarian II*, en dirección al área más oscura de la plataforma.

Qui-Gon se acercó al piloto de la pequeña nave.

—Queremos unos billetes para Coruscant —explicó en voz baja—. Nos gustaría marchamos lo antes posible.

El piloto dejó de hacer lo que estaba haciendo y se levantó. Era considerablemente alto. No dijo nada al principio, sino que se limitó a mirar a Qui-Gon, que le mantuvo la mirada sin pestañear. Supo con certeza que aquel hombre no estaba con los Cobral. Volar con él sería relativamente seguro.

—Puedo llevaros a Coruscant —dijo por fin. Estableció su precio, que les pareció razonable. Qui-Gon accedió.

—Tenemos asuntos que atender, volveremos en breve —dijo.

El piloto asintió.

—Estaré preparado.

Qui-Gon se giró y se dirigió hacia Obi-Wan y Lena. Ya sólo tenían que hacer ver que abandonaban el planeta a bordo del *Degarian II*, según lo planeado.

—Es hora de embarcar —dijo en tono normal, mientras subía por la rampa. Luego dijo en voz baja a Obi-Wan—: Déjame hablar a mí.

El *Degarian II* era un vehículo grande y cómodo, con un salón diplomático y amplios camarotes para los pasajeros. Los Jedi y Lena fueron recibidos por un androide anfitrión en cuanto entraron.

A Qui-Gon le sorprendió ver que el androide era idéntico a los que Obi-Wan y él habían derribado hacía pocas horas, pero le saludó con toda normalidad. Tras charlar unos momentos y aceptar un mensaje de bienvenida del senador Crote. Qui-Gon declaró que estaban muy cansados y que deseaban retirarse a sus aposentos.

—Muy bien, señor —respondió el androide—. Les mostraré el camino.

Les guió por un largo pasillo, hacia tres espaciosas habitaciones.

—Gracias —dijo Qui-Gon—. Por favor, nos gustaría ser despertados antes de llegar.

El androide asintió.

—Por supuesto. Tenemos permiso para salir en veinte minutos —se quedó un momento, como para asegurarse de que cada uno entraba en su cuarto. Lena bostezó y dio las buenas noches, desapareciendo tras una de las puertas. Obi-Wan hizo lo mismo y Qui-Gon también.

Qui-Gon esperó unos quince minutos largos antes de tocar en la puerta de Lena.

—Nos vamos ya —dijo Qui-Gon mientras Obi-Wan aparecía tras él.

Lena parecía confundida.

—¿Creéis que es seguro? —preguntó.

—Más que quedarse a bordo —respondió Obi-Wan con una mueca.

Qui-Gon comenzó a bajar por el pasillo y los demás le siguieron de cerca. Se escaparon por una pequeña escotilla en la parte trasera de la nave, justo cuando los motores se ponían en marcha. Estaban embarcando en la otra nave cuando el Degarian II desapareció en la atmósfera superior.

En cuanto todos estuvieron a salvo dentro del transporte. Qui-Gon explicó lo que había pasado.

—Me temo que el senador Crote no es lo que parece —se sacó del bolsillo una orden de viaje que llevaba el sello oficial fregano. También llevaba la firma del senador Crote —. Esto lo llevaba el matón que intentó robar las pruebas de Rutin.

Lena abrió los ojos incrédula.

—¿El senador? —exclamó—. Estaba convencida de que él no estaba metido en esto..., que no era parte de la corrupción.

—Yo he estado convencido de muchas cosas que al final han resultado no ser ciertas —respondió Qui-Gon—. Hay muchas verdades ocultas en una galaxia como la nuestra.

Lena se apoyó en el respaldo de su asiento y se frotó los ojos. Estaba visiblemente afectada. Parecía que la maraña de mentiras de los Cobral era imposible de deshacer.

—Obviamente, pensé que no merecía la pena arriesgarse a volar en el *Degarian II* —siguió diciendo Qui-Gon mientras esbozaba una sonrisa—. Creo que ya nos hemos expuesto a suficientes peligros.

La pequeña nave despegó un rato más tarde, y los Jedi y Lena se pusieron cómodos para el viaje. Pese a que la nave no era ni mucho menos tan grande o tan bien equipada como el *Degarian II*, Qui-Gon se dio cuenta de que un aire de tranquilidad se apoderó del grupo cuando se elevaron por los aires. Por fin estaban abandonando Frego.

Cuando la nave estaba a medio camino de Coruscant, Qui-Gon fue extraído de su estado meditativo por el zumbido de su intercomunicador. Un momento después, se escuchó la familiar voz de Yoda.

—Atacado el *Degarian II* ha sido —dijo simplemente. Su sentencia fue seguida de unos instantes de silencio—. Supervivientes no hay.

Capítulo 18

El Maestro Jedi Mace Windu recibió a Qui-Gon, Obi-Wan y Lena en la plataforma de aterrizaje. Había sido un largo viaje, y era por la tarde en la ciudad planetaria de Coruscant. El sol estaba en lo alto, extrayendo reflejos de los miles de transportes de la superficie y arrancando brillos a los elevados rascacielos.

—Tú debes de ser Lena Cobral —dijo el Maestro Windu, dándole la mano—. Me alegro de conocerte al fin.

Les miró uno por uno antes de llevarles hacia el Templo Jedi.

—Damos las gracias por teneros sanos y salvos —dijo—. Lo del senador Crote fue toda una sorpresa y, evidentemente, no muy buena. Y luego, cuando el *Degarian II* fue destruido...

Obi-Wan puso una mueca de desagrado al recordar lo cerca que habían estado de morir.

—Nos gustaría que Lena subiera al estrado lo ames posible —dijo, cambiando de tema.

—Por supuesto —asintió Mace—. El Canciller ha convocado una vista especial esta tarde. Empezará en unas horas. Todo el Senado estará allí.

—Excelente —dijo Qui-Gon—. No queremos que el senador Crote o los Cobral tengan tiempo de darse cuenta de que su plan ha fracasado, y que todos seguimos con vida —apoyó la mano en el hombro de Lena—. Y por fin podremos acabar con este tema de una vez por todas. Es lo mejor para Frego, en mi opinión.

Lena asintió.

—Mientras, me gustaría asearme y cambiarme de ropa —señaló su ropa sucia del viaje—. Me temo que esto no es adecuado para una sesión especial del Senado Galáctico.

Obi-Wan sonrió. Incluso bajo una presión extrema, Lena cuidaba los detalles. Se dio cuenta de que iba a echarla de menos cuando la misión terminara. Y terminaría dentro de muy poco.

—Hemos preparado unos aposentos en el consulado fregano para ti —dijo Mace—. Creemos que el senador Crote estará fuera del edificio hasta que se produzca la vista. Pero si nos lo encontramos tenemos que comportarnos como si no supiéramos nada de su relación con los Cobral.

—Entiendo —dijo Lena—. Pero espero que tengas razón en lo de que no va a estar en el edificio.

Mace guió a Lena a su dormitorio temporal, y los Jedi esperaron mientras ella se aseaba rápidamente y se cambiaba de ropa.

Obi-Wan se quedó boquiabierto al verla aparecer de nuevo, unos minutos después. Tenía el pelo recogido en un elaborado moño y un par de pendientes de relucientes piedras preciosas colgaban de sus lóbulos. Llevaba un vestido sencillo de color azul claro que le llegaba hasta los pies. Estaba preciosa, y no aparentaba en absoluto haber pasado una noche larga y horrible.

El grupo salió del consulado y fue directamente hacia el Senado.

Lena se quedó de piedra al entrar en la cámara del Senado.

—¡No tenía ni idea de que la galaxia fuera tan grande! —susurró a Obi-Wan nerviosa.

Obi-Wan sonrió para tranquilizarla.

—No pasa nada —dijo él, también entre susurros—. Recuerda que estás haciendo lo correcto.

Lena estiró los hombros y asintió mientras el grupo se iba acomodando en la gran plataforma flotante. Ella se sentó mientras la plataforma flotaba suavemente hacia la parte central de la cámara gigante. La sesión estaba comenzando, y senadores de toda la galaxia estiraban el cuello para ver quién iba a tomar la palabra en aquella sesión especial.

Tras unos minutos, el murmullo que resonaba en toda la estancia comenzó a apagarse. El Canciller Valorum indicó a Lena que había llegado el momento de que hablara.

Apoyándose en la silla, se puso en pie. Por un momento se quedó en silencio, mientras contemplaba los miles de rostros que a su vez la miraban a ella. Obi-Wan no tenía ni idea de lo que estaría pasando por su cabeza. Había pasado por mucho y había llegado muy lejos. Y ahora su destino estaba en manos extrañas. ¿La creerían? ¿Les importaría?

A Lena no le falló la voz al hablar sobre los Cobral. Cuando relacionó a la familia de criminales con el senador Crote hubo un murmullo en la sala seguido de un respetuoso silencio. Obi-Wan se dio cuenta de que Lena había atraído la atención de todos los asistentes mientras hablaba de delitos, abuso de poder y de la maldad ejercida por los Cobral en Frego. Y después, ella contó su propia historia, incluida la muerte de su marido y su prima. Y, por último, relató el intento del senador Crote de matarlos a todos.

Hubo una conmoción en la cámara y el senador Crote se puso en pie de un salto.

—¡Mientes! —gritó— ¡Yo no he hecho más que el bien a tu planeta!

Pero Obi-Wan se dio cuenta por la expresión del senador de que sabía que la situación se había puesto en su contra cuando Lena presentó las pruebas: no sólo su relación con el matón que la atacó, sino transmisiones que le relacionaban de forma definitiva con la destrucción del *Degarian II*. Su carrera política, por no hablar de su vida como hombre libre, había tocado a su fin.

El recuento de votos duró poco. El senador Crote fue destituido del cargo y los Cobral quedaron bajo orden de arresto para ser juzgados por sus crímenes. Cuando se eligiera un nuevo Gobierno, se nombraría un nuevo senador.

Obi-Wan estaba resplandeciente y muy orgulloso de Lena, de todo lo que había conseguido para su planeta y su pueblo.

Y, gracias a ella, Frego tendría por fin un nuevo comienzo, una oportunidad de empezar una nueva vida.

Capítulo 19

Una pequeña fiesta tuvo lugar en los aposentos de Lena en el consulado fregano. Se habló mucho del éxito de su testimonio y de lo que quedaba por hacer. Unos pocos senadores quedaron tan impresionados con el testimonio de Lena que le sugirieron que presentara su candidatura para el puesto de senadora de Frego.

—No me interesa el puesto —respondió ella—. Volveré a Frego para ayudar en la transición gubernamental, pero después será hora de que empiece una nueva vida en otro planeta.

Le guiñó un ojo a Obi-Wan, y él supo que la política estaba sin duda en el futuro de Lena. Quizá conseguiría un puesto como asistente de algún tipo en Coruscant. Y se dio cuenta de que, si así fuera, quizá podrían verse de vez en cuando...

Después de que el pequeño grupo compartiera un almuerzo de celebración. Lena anunció que quería descansar.

—Han pasado muchas cosas y me gustaría tener un rato para asimilarlo todo. Volveré muy pronto a Frego, y me temo que allí no voy a tener mucho tiempo para descansar...

Qui-Gon asintió. Sabía lo que costaba realizar un cambio de Gobierno.

—Sí, yo también creo que se impone un descanso —dijo—. El Maestro Jedi Mace Windu y yo tenemos cosas que hacer en el Templo, pero volveré enseguida. Obi-Wan puede quedarse aquí contigo, si quieres.

—Es muy amable, pero me gustaría estar sola, si puede ser —respondió Lena suavemente.

Obi-Wan intentó ocultar su decepción y asintió.

—Claro —dijo.

Mientras Mace y Qui-Gon salían rumbo al Templo, Obi-Wan se quedó indeciso tras la puerta de Lena. Quería respetar sus deseos, pero también quería quedarse por allí, en caso de que la chica cambiara de idea. La puerta de la habitación de al lado estaba abierta, y la estancia estaba vacía. Obi-Wan entró y tomó asiento en un cómodo sillón. Desde allí podría oír lo que pasaba en la habitación de Lena.

Obi-Wan acababa de cerrar los ojos cuando escuchó una voz conocida.

—¿Sorprendida de verme, Lena querida? —dijo—. Supongo que sí. Pero yo pensaba que te encantan las sorpresas.

Luego hubo un ruido apagado, como si el intruso estuviera forcejeando con ropa. Después. Obi-Wan oyó a Lena gritar.

Obi-Wan llegó al pasillo en menos de un segundo. Con la mano en su sable láser, pulsó los controles de apertura de la puerta, pero no pasó nada. Estaba bloqueada.

Obi-Wan encendió su sable láser. Tendría que cortarla para entrar, pero cuando la hoja tocó la superficie, algo le dijo que no siguiera.

Se concentró y cerró los ojos. Escuchó un ruidito justo delante de él. Lena estaba a apenas unos centímetros, justo al otro lado de la puerta. No había forma de destruirla sin hacer daño a la chica.

—Tendría que haber hecho esto hace años —continuó la intrusa—. Quizá así podría haber salvado a mi hijo predilecto. Al que quería más. A mi ojito derecho.

Zanita.

—Intenté salvarle, de verdad que sí —dijo la intrusa—, pero en cuanto se supo que iba a traicionar a la familia..., que le habías convencido para que testificara contra su propia sangre, no pude hacer nada. Para mí fue una gran pérdida, sí, pero necesaria.

Lena dejó escapar un sollozo.

—¿Necesaria? —repitió sin poder creerlo—. ¡Pero si era tu propio hijo!

—Lo sé, Lena. Y. de hecho, siempre deseé que fuera una niña. Ya sabes que los chicos y los hombres no son más que tontos manejables. Siempre hay que decirles lo que tienen que hacer, y la mitad de las veces lo hacen mal. Las cosas en Frego eran un desastre hasta que llegué yo. Yo organicé nuestro ejército y conseguí que el Gobierno viera las cosas como nosotros. Todo iba perfectamente hasta que llegaste tú. Tú me robaste el corazón de mi Rutin y manipulaste su opinión.

—Rutin sabía opinar por sí solo —dijo Lena en voz baja.

Escaneando la pared, Obi-Wan intentó recordar la posición de todo lo que había en la habitación. Tenía las manos empapadas de sudor, y el corazón se le salía del pecho. No le quedaba mucho tiempo para actuar y apenas tenía margen de error.

Zanita actuaba como si no escuchara a su nuera.

—Y ahora, por tu culpa, es probable que también pierda a mis otros dos hijos —prosiguió—. Pero es obvio que no voy a permitir que eso pase.

Obi-Wan escuchó un horrible clic. Tenía que actuar. Sólo esperaba que ya no fuera demasiado tarde. Alzó el sable láser y lo hundió en la pared.

—¿Quieres que te deje un momento para peinarte, querida? —preguntó Zanita—. Quizá veas a Rutin en breves momentos.

Obi-Wan cortó la pared a una velocidad impresionante y entró justo a tiempo para ver a Lena cayendo al suelo a unos metros de distancia. Se desplomó con todo su peso y se quedó completamente inmóvil.

Todavía con la pistola láser en la mano, Zanita empuñó el arma en dirección al pecho de su nuera. No parecía haberse percatado de la presencia de Obi-Wan.

Obi-Wan dejó de mirar a Lena para centrarse en Zanita y avanzó hacia ella. Ella se dio la vuelta de repente, apuntando con su láser hacia el Jedi.

—Ah, un Jedi —dijo—. Era de esperar.

Disparó varias veces. A Obi-Wan le sorprendió su increíble puntería, y tuvo que esquivar y saltar para evitar que le dieran dos de los proyectiles, y al mismo tiempo rechazó otros tres con el sable láser.

Dando un paso adelante, sintió que uno de los disparos le rozaba la túnica. Giró y se impulsó, y de un salto aterrizó junto a Zanita, quitándole el arma. Ella se abalanzó hacia Lena. Sus hombros se estremecieron violentamente cuando comenzó a sollozar.

La verdadera líder de los Cobral había sido derrotada y probablemente se había acordado del tiempo que iba a pasar en prisión.

Obi-Wan desactivó el sable láser y volvió a ponérselo en el cinto. Tenía un pequeño agujero en la túnica, en la parte que había rozado el láser. Lo tocó con el dedo, agradecido de no haber sufrido daño alguno. No como Lena...

De repente, Obi-Wan escuchó un ruido a sus espaldas.

—¡Obi-Wan, cuidado! —gritó alguien. Era Qui-Gon.

Por una décima de segundo, Obi-Wan no supo dónde mirar. Luego vio el brillo de un arma en la mano de Zanita. Era una vibrocuchilla.

Antes de que Obi-Wan pudiera desarmarla. Zanita se había clavado la reluciente hoja en el pecho.

Un momento después, cayó muerta al suelo junto a Lena.

Capítulo 20

Qui-Gon alzó la mirada desde su catre en su dormitorio del Templo Jedi y vio a su padawan de pie en la puerta.

—Pensé que quizá querrías venir conmigo a ver a Lena — le explicó.

Obi-Wan arrastró los pies, inquieto, y Qui-Gon se acordó del chico que adoptó como aprendiz hacía más de cuatro años. Impaciente y cabezota, pero también inseguro. Habían pasado por mucho desde entonces. Pero en ese momento, Qui-Gon era muy consciente de que el joven Jedi seguía necesitando su cariño y su aprobación. Qui-Gon no podía culparle por ello, incluso se sentía agradecido. Muy pronto. Obi-Wan sería un Caballero Jedi por derecho propio, y ya no le necesitaría, pero, de momento, seguía siendo un niño.

Las cosas entre ellos no habían ido muy bien últimamente, pensó Qui-Gon. Sintió una punzada de culpabilidad. No sabía por qué le costaba tanto confiar en el chico en cuanto a sus sentimientos. Simplemente era así, como muchas otras cosas.

—Sí, me gustaría —dijo Qui-Gon, poniéndose en pie—. ¿Qué tal está?

—Se dio un golpe muy fuerte en la cabeza al caer —respondió Obi-Wan—. Pero se recupera bien y le van a dar el alta esta tarde. Quiere volver a Frego pasado mañana.

Qui-Gon apuró el paso para alcanzar a Obi-Wan mientras bajaban por el pasillo.

—Las heridas físicas se curan pronto —dijo el Maestro—. Las emocionales requieren más tiempo.

Se quedó callado mientras avanzaban por el pasillo. Luego habló:

—Cuando Tahl murió, la herida era tan grande y tan profunda que estaba seguro de que no iba a sobrevivir. No podía seguir así. Y en mi dolor me cegué ante los demás... ante los que también querían a Tahl y lloraban por ella.

—Yo también lo pasé mal —dijo Obi-Wan—, pero sabía que mi dolor era mucho menor que el tuyo, que jamás lo igualaría. No sabía cómo ayudarte. Estaba perdido.

De repente, Qui-Gon se detuvo y miró frente a frente a su padawan.

—Soy yo el que estaba perdido, padawan. Tú fuiste generoso y paciente conmigo. Y yo necesitaba esa paciencia. Sigo portando la herida que sufrí cuando perdí a Tahl. Y ahí estará hasta el fin de mis días.

Obi-Wan asintió solemne.

—Lo sé —dijo en voz baja.

Qui-Gon puso las manos en los hombros de Obi-Wan.

—Te doy las gracias por tu esfuerzo para ayudarme a soportar el dolor. Durante mucho tiempo no me he sentido preparado para oír tus palabras, pero, aun así, tú me las decías. Gracias a ti me he vuelto a encontrar a mí mismo... he encontrado la forma de continuar. Tus palabras... Tú eres mi consuelo. Gracias.

Obi-Wan respiró profundamente y sonrió.

—De nada —dijo.